

AL FALTO

CUENTOS

SERAFIN J. GARCIA



Editorial
Independencia
MONTEVIDEO

OBRAS DEL AUTOR

- 1936/42 TACURUSES (poemas gauchescos). 5.ª edición.
- 1937/43 EN CARNE VIVA (cuentos). 2.ª edición (Editorial Independencia).
- 1938 TIERRA AMARGA (romances).
- 1940 BURBUJAS (cuentos).
- 1941 BARRO Y SOL (cuentos).
- 1941 PANORAMA DE LA POESIA NATIVISTA DEL URUGUAY.
- 1943 PANORAMA DEL CUENTO NATIVISTA DEL URUGUAY.

SERAFIN J. GARCIA

BIBLIOTECA
MUNICIPAL
"SERAFIN J. GARCIA"
VERGARA

ASFALTO



CUENTOS



EDITORIAL
INDEPENDENCIA
RONDEAU 1440 - MONTEVIDEO

Coloquio

AUTORES URUGUAYOS

Copyright by

Editorial Independencia

Hecho el depósito que marca la ley

RETARDO

IMPRESO EN EL URUGUAY

PRINTED IN URUGUAY

R E T A R D O

Se había usado esa noche la vajilla de plata, lo que implicaba una friega de excepción. La señora era muy exigente para con la limpieza de aquel costoso juego. Gustábale que cada pieza resplandeciera como un sol. Y a cada rato dejaba sus invitados para darse una vueltita por la cocina. "A ver cómo va eso, Simona..." "Hay que sacarle más brillo a esa fuente..." "Todavía no está como yo quiero esa bandeja"....

Decididamente, andaba con mala suerte. Hacía tiempo que todo le venía saliendo al revés. Y ahora, para colmo, ese inoportuno retardo. Tan luego la noche que Clara...

Pero era inútil hacerse mala sangre. El fregado de la maldita vajilla requería paciencia y buenas muñecas. Con nervios no se arreglaba nada, al fin y al cabo.

Continuó frotando empeñosamente aquellas antañonas reliquias, tan ilustres como el propio linaje de la señora. El cocinero ya se había retirado. Las dos muca-mas, Pancha y Leonor, andaban de cuchicheos con sus respectivos galanes en la oscuridad del jardín, verja por medio. Se las arreglaban bien, las muy tunas. Mientras ésta hacía besuquear por entre las rejas, aquélla espiaba los pasos de la señora, y viceversa. Acabarían mal

las dos. Eso era evidente. Así había empezado ella también. Y el resultado fué Claudio, su primer hijo. Tenía entonces quince años, como Pancha. Ahora parecíale mentira que los hubiera tenido alguna vez. Ya por aquella época fregaba platos en las casas ricas. La vida la había golpeado duro desde pequeña. Y la seguía golpeando. En ningún tiempo ha sido bueno el mundo para las fregonas. Si de algo estaba segura era de éso. Menos mal que ya no se hacía ilusiones, como al principio. Aquél su viejo sueño de tener una casita propia y un cuadrito de tierra lleno de flores-geranios, sobre todo—no se convertiría jamás en realidad. Y si lo seguía acariciando era por haberse acostumbrado a él. Y porque era lindo. Nada más. Pero la verdad es que no había tenido suerte. Ni sus hijos tampoco. De los diez que había echado al mundo, tres yacían bajo tierra y seis andaban a tropezones por ahí, “tirando”, como suele decir la gente mientras la sangre le circula. Y en cuanto a la última, Clara... Bueno: mejor no pensar.

Sonaron las once en el enorme reloj del comedor, otra añosa reliquia de la familia. Era indudable que no llegaría a tiempo. Cenar demasiado tarde los ricos. Y las vajillas de plata cincelada dan la mar de trabajo.

En la amplia terraza, los señores y sus invitados hablaban de cosas incomprensibles. Ellos, de cotizaciones bursátiles, de alzas y bajas de títulos hipotecarios. Ellas, de “souper-froids”, de “dinners”, de partidas de “bridge” o de torneos de “golf”. Temas de un mundo bien distinto al suyo, que nunca había podido entender. Aunque a ratos despellejaban también a sus relaciones ausentes y reían sin distinción, celebrando los tijeretazos felices.

No llegaría a tiempo. Clara estaría ya con su valijita de cartón lista, aguardando la hora. Para los pobres nunca es problema el equipaje. Saldría de la habitación a

las doce, contenta de que ella no estuviera aún de regreso. “En la esquina de Maciel y Piedras, a las doce en punto”. Desde que las oyera casualmente la noche anterior, en el pasillo del inquilinato, esas palabras no habían cesado de atormentarla.

Hubiérole gustado ver a Clara antes de su partida. No porque pensara formularle reproches ni hacerle escenas inútiles. ¿Para qué? Su hija se enojaría. Diríale que ella había hecho lo mismo de joven. Y era verdad. Por otra parte, el asunto ya no tenía más solución. Eso también lo sabía hacía tres meses y sin necesidad de palabras. Cuando dos mujeres viven juntas en una pieza de conventillo, no es posible disimular ciertas cosas. Y un vientre de muchacha no se deforma ni crece porque sí.

Bueno, pero no era ésa la cuestión. Hubiérole gustado verla porque la quería mucho, sencillamente. Las personas se acostumbran a las personas. Y Clara, aparte de ser su hija, era una buena compañera. Por lo único que solía reñirla era por el nombre que le había puesto. Decía que resultaba inadecuado para una pardita como ella, que la gente se mofaba del contraste entre ese nombre y el color de su piel... Tonterías de muchacha, sin duda. Pero era muy buena, Clara. Le iba a costar mucho habituarse a su ausencia. Hay cosas con las que uno nunca se conforma aunque sepa que tienen que suceder. A ella se le habían ido nueve hijos antes que Clara. Y sin embargo, ahí estaba otra vez a punto de llorar, como una principiante.

Acaso Clara fuese feliz con aquel muchacho. Era blanco, pero tan pobre como ella. Y la pobreza es una gran niveladora. Lástima su oficio de pescador, tan inseguro, porque no siempre el mar provee...

Su hija merecía ser dichosa. Le hubiera gustado más

verla casada, es cierto. Pero a las muchachas de su condición la vida no les da casi nunca oportunidades ni tiempo para cumplir con ese requisito, que a la postre tampoco arregla nada. Lo importante es hallar un pecho estable donde apoyarse, ya sea dentro o fuera del juzgado. Duele pasar de hombre en hombre, como una moneda. Pero hay cosas que descarrilan cualquier vida. La miseria, por ejemplo.

Acaso Clara tuviese más suerte que ella. El pescador parecía un muchacho sosegado y sin vicios. Ella dió siempre con hombres puro instinto. Como tenían el corazón seco, se hartaban de su cuerpo y se iban. Eso era todo. Arrebatábaseles la atracción de una mujer nueva, o el mostrador de los boliches, o la timba. Pero la gran culpable era la miseria. Cuando los hombres no encuentran qué comer en sus casas, cualquier pretexto es bueno para abandonarlas. Tal vez ellos fuesen mejores si el mundo no viniera rodando tan mal. Sin embargo, éso tendría que arreglarse tarde o temprano. No podía durar siempre. Y el pescador, por lo menos, parecía un muchacho juicioso.

Las once y media. Relucían como soles las piezas de la vajilla de plata. Pero ya no había tiempo de ver a Clara. De esa quinta de Larrañaga al inquilinato de la calle Piedras mediaba un buen tirón. Y los tranvías, amén de su enervante lentitud, pasaban muy espaciados a aquella hora.

Clara estaría contenta de su ausencia. No viéndola, tendría más valor para dar el paso decisivo. Poníase en su lugar y la perdonaba. Cuesta mucho salir con una valijita de cartón al encuentro de un hombre cuando se deja en la pieza a la madre vieja, aunque se crea que está durmiendo y que no se apercibirá de nada hasta el día siguiente. Ella lo hizo exactamente igual, de mu-

chacha. Son cosas naturales, que han sucedido siempre. Y, no obstante, duelen una barbaridad. Como si las mujeres pobres tuvieran que pagar en dolor, por anticipado, hasta el necesario amor masculino que les proporciona alguna vez la vida. Como si no fuera suficiente el otro gran dolor, el de los hijos.

Al fin de cuentas, sería mejor no encontrarse con Clara, evitarle el mal momento a la pobrecita. De todas maneras, habría de irse lo mismo. Era lo natural. Una madre que sólo está en casa por la noche, un gato viejo y medio ciego que duerme el día entero y dos mustias plantas de geranio, nostálgicas de sol, no bastan para colmar la vida de una muchacha. Los geranios, si pudieran andar, también se irían seguramente, huyendo de la tierra sin jugo y de las latas herrumbrosas que los apriaban. Era lo natural, sí. Pero era triste. Una mujer necesita de un hombre como una planta de geranio necesita del sol. Razones de la sangre y de la savia, contra las cuales nada pueden las demás razones. Clara debía quererla como antes, ni más ni menos; pero un hombre es un hombre.

"Ahora sí está bien, Simona. Puede retirarse". Hacía más de diez minutos que la señora había dicho aquellas palabras. Y estaba todavía allí, hecha una tonta. ¡Bah! Después de todo, no llegaría a tiempo.

Pancha y Leonor andaban con la cara encendida, como amapolas. Mirábanse a hurtadillas y sofocaban risitas maliciosas. Razones de la sangre, demasiado fuertes para combatirlas. Máxime cuando la tierra despedía ese potente olor a vida que llenaba el jardín, aliándose al del polen y al de los brotes nuevos. Y cuando el tic-tac del secular cuadrante les recordaba de continuo que la juventud también pasa.

"Hasta mañana, muchachas"... ¡Qué bueno estaba

el aire en la calle! En la pieza del inquilinato, por el contrario, debía hacer un calor terrible. El gato dormiría tendido de costado sobre el baúl, como siempre. Las hojas de los geranios, arrugadas, flácidas, parecerían de trapo. Allá la primavera difería bastante de la de ese jardín oloroso. Apenas si era una sucesión de números en un calendario barato, bordado por las moscas.

Ya se acercaba el tranvía, rechinando. Hubiera sido mejor que demorase un poco más. Tenía miedo de ponerse a llorar cuando llegara. Dos anémicas plantitas de geranio y un gato dormilón no bastan tampoco para colmar la vida de una mujer que ha tenido diez hijos. La gente necesita de la gente. Y es dura la soledad en una pieza de conventillo cuando se ha vivido soñando, entre fregado y fregado, con una casita propia y un quadrito de tierra lleno de flores.

UN SUEÑO

UN SUEÑO

Camina despacio por las calles anchas y claras, sobre las que escintila alegremente el sol dominical. Va sin rumbo fijo, gozando del limpio aire matutino que le ensancha los pulmones y juguetea con el mechón de pelo caído sobre su frente, por debajo de la visera de la gorra. Ve su cara reflejada en los cristales de las grandes vitrinas, en el reluciente mármol de los zócalos, en el barniz de los automóviles estacionados contra las aceras. Siente el ruido de sus pasos sobre el pavimento y la voz de las personas con quienes se cruza. Pero lo verdaderamente maravilloso no es ese sol, ni ese aire, ni ese vagar placentero bajo la tibia luz del día de asueto, sino la presencia de su mano derecha intacta, con los cinco dedos ágiles y seguros que puede mover a voluntad, abrir y cerrar sin esfuerzo cuantas veces se lo propone. A cada instante la levanta hasta la altura de los ojos para disfrutar del indecible júbilo de verla. Observa minuciosamente la palma áspera y llena de cortaduras, el dorso surcado de gruesas venas azules, los nudillos grandes y rugosos, las uñas cortadas a ras de carne para atenuar la suciedad del trabajo. Todo está exactamente igual. Hasta esa cicatriz de la quemadura que hiende al sesgo la piel, entre el pulgar

y el índice. Hasta la rebelde verruga del anular, ennegrecida por los cauterios...

¡Qué pesadilla tan horrible ha sufrido! Recién ahora, examinando su diestra entera, palpándola para asegurarse de su realidad física, cae en la cuenta de que todo ha sido un mal sueño. Hasta las manchas de cal que, entre dedo y dedo, lograran sustraerse a la acción higienizante del jabón y el agua; hasta las yemas roídas por los ladrillos; hasta el obstinado tufo de la mezcla oculto entre los poros, contribuyen a demostrárselo. Continúa siendo el albañil Juan Dutra, de la Empresa Constructora Bianchi y Cía. Un obrero dueño de sus dos manos, capaz de manejar la cuchara y levantar una pared como el mejor. La caída del andamio, el espantoso dolor de los huesos rotos, la amputación de la diestra a la altura de la muñeca, sólo han existido en su imaginación. Y lo mismo puede decirse de todo lo demás: de la desocupación, de las privaciones, de la angustiada e inútil búsqueda de trabajo, durante meses y meses... Y no es cierto tampoco lo de su ruptura con Graciela, a quien irá a visitar esa misma tarde, como de costumbre...

Una pesadilla verdaderamente atroz. Aún le parece oír las palabras de Graciela, hincándosele en el corazón como alfileres: "Eres un hombre inútil, Juan. Y los pobres tenemos que pensar en los hijos..."

¡Un hombre inútil! Hasta había sentido ímpetus de abofetearla en aquel momento. ¡Un hombre inútil! ¿De modo que ella no lo quería por sí mismo sino por el techo que pudiera darle, por el pan que habrían de ganar sus manos?

Pero, bien mirado, tenía razón Graciela. Ella era una muchacha normal y necesitaba echar hijos al mundo, naturalmente. Y a los hijos no se les nutre con ca-

riño, por muy grande que éste sea... Cuando un hombre pobre se cae de un andamio y se rompe la mano derecha, queda obligado a duros renunciamentos. Graciela tenía la cabeza sólida, no obstante su juventud. La pobreza le había enseñado, entre otras muchas cosas, a establecer el límite preciso entre los sueños y la realidad...

Se contempla una vez más la mano mientras prosigue andando. Sin la atroz pesadilla, nunca hubiera sido capaz de comprender su verdadero valor. Esa palma tosca, esos dedos cortos y fuertes, endurecidos en la diaria tarea de atrapar ladrillos voleados y sostener baldes de mezcla, significante el derecho al amor, a los hijos...

¿Le contará a Graciela el sueño que ha tenido? No le será difícil reconstruirlo, pues lo tiene grabado en la memoria de principio a fin, hasta en sus menores detalles.

Un sueño como jamás soñará otro, sin duda. Correrán los años, blanqueará su cabeza, y el recuerdo de esa pesadilla torturante continuará viviendo en su cerebro con indeleble nitidez. Sobre todo, la sensación de asfixia experimentada cada noche en aquel sótano estrecho, húmedo y oscuro, donde la pobreza le obligara a refugiarse. Y el desaliento tremendo de cada día, cuando el reloj-despertador le recordaba que había que echarse a la calle, a la búsqueda siempre vana de ocupación...

Nunca hubiera supuesto que se podía soñar un sueño tan perfecto. El sótano aquél, por ejemplo, tenía una aterradora presencia de cosa real. Obsesionábanle su sordidez, su negrura de cueva, el descascaramiento de sus paredes ruinosas. Era un tormento inenarrable para él, habituado a la luz y al aire puro, sumergirse en

semejante cuchitril, como un topo en su madriguera, y envenenarse la salud con sus miasmas, con su atmósfera densa y enrarecida...

¡Qué alegría la de saberse libre de todo éso, la de mirarse la mano intacta, la de sentir el calor del sol sobre la piel y la caricia del aire matutino que juguetea con su pelo! ¡Y, sobre todo, la de tener la certeza de que no ha perdido a Graciela!

Para exteriorizar su júbilo, pónese a silbar un aria de ópera que aprendiera del viejo Bottarini, el frentista de la empresa. Sigue siendo Juan Dutra, un albañil con las dos manos enteras y el jornal diario asegurado. Habita una pequeña casa con fondo, limpia y llena de sol, en las inmediaciones del Prado. Y el año entrante, si sus patronos le mejoran el salario, como se lo han prometido, se casará con Graciela, que sin duda habrá de darle hijos fuertes y sanos, con las dos manos enteras, como él...

Es una delicia caminar así, silbando un trozo de ópera y disfrutando de ese tibio sol de domingo, mientras los pulmones se llenan de aire fresco y la diestra está ahí, en su sitio, grande y fuerte como siempre, ostentando su áspera palma, su verruga quemada por el nitrato, sus gruesas y abultadas venas, pletóricas de sangre...

¿Por qué habrá empezado a desvanecerse la luz del día? ¡Cosa extraña! ¡Diríase que las casas se empequeñecen, que el suelo pierde consistencia bajo los pies y que las calles se van estrechando hasta cerrarse en ángulos violentos, acorralándole en una trampa sin salida! ¡Y esa niebla amarilla que escamotea los objetos y se espesa cada vez más en su redor, como si quisiera ahogarle? ¡Es algo inexplicable lo que está ocurriendo! ¡Y

ahora esa campanilla que suena sin cesar y cuyo tintineo se acerca... se acerca hasta doler en los tímpanos!... ¡Y ese insufrible tufo a humedad!... ¡Y esa negrura que impide ver la mano derecha... la mano derecha que ya no se mueve... que ya no se siente... que ya no se palpa más!...

“BICHICOMES”

“BICHICOMES”

Las latas se ponen fastidiosas cuando hay viento. Zumban. Se quejan. Arman un insoportable estrépito de mujeres con miedo. Si hace frío, hielan hasta los huesos. Y si el sol aprieta, cuecen de calor a la gente. Nunca fueron dignas de albergar al hombre las condenadas latas. Nunca fueron capaces de proporcionarle una vivienda tranquila. En cambio las piedras... ¡Ah, las piedras sí! Ellas son silenciosas y fieles. Lo comprenden y lo callan todo. Un hombre puede vivir y morir entre ellas sin que lo fastidien. Sobre todo vivir, que es una cosa más difícil de lo que parece... Las latas no resisten la proximidad del mar, su lengua áspera, su aliento poderoso. Se oxidan y se agujerean pronto. Pero las piedras no envejecen jamás. Siempre tienen la misma piel gris y el mismo bozo verde del musgo, que cuando el sol lo acaricia huele a mujer...

¿Qué estará preparando el “Sultán” en ese jarro descascarado? La abolladura de junto al asa se parece extraordinariamente a un cangrejo. Tal vez lo sea. Aunque resulta muy extraño que no huya del fuego. ¿Habrá cangrejos tan torpes que se dejan quemar así, por puro gusto?

El agua de la rada es triste. Se ha olvidado hasta de

cantar. Y no sabe otra cosa que lamer el malecón servilmente, con una mansedumbre de perro. Es un agua esclava. Un agua sin ninguna grandeza... Allá en la rambla, las olas brincaban y rugían a gusto cuando soplabla el viento Sur. Y no había latas estúpidas que interrumpieran su salvaje canción...

Si el "Sultán" pretende hacerle tragar alguna otra porquería se llevará un buen chasco. Está chiflado el tipo. De otro modo no se explica su empeño en curarle de una enfermedad imaginaria. Pero es un gran compañero a pesar de todo. Y menos terco que ese demonio del "Toronja", empecinado en convencerlo de que debe ingresar a un hospital... Ni aunque estuviera realmente enfermo lo haría. En los hospitales no permiten morir a gusto a la gente. Siempre recordará con indignación el caso de aquel "linyera" de la cama número dos, ocurrido la única vez que él estuvo internado. Cuando el tipo se sintió morir saltó del lecho, hizo un hatillo con las sábanas y la colcha, echóselo a la espalda y se puso a caminar por la sala. Era lógico aquéllo. Un "linyera" debe morir como ha vivido: andando. Un paso tras otro paso, hasta caer exánime. Pero el bruto del enfermero de guardia no lo entendió así. Atrapó al hombre y lo metió en la cama de viva fuerza, sujetándole luego con una cuerda, como a los locos furiosos. Dijo que aquéllo era consecuencia de la fiebre, del delirio. Y lo tuvo atado al pobre diablo hasta que dejó de patear y de gruñir y se fué poniendo duro... Bien puede gastar toda su saliva el "Toronja", que no logrará convencerlo. El no está enfermo, por otra parte. Como hace tres días que ayuna siente un poco de laxitud, nada más. Dicen que el sueño alimenta. ¡Pues que lo dejen dormir entonces, qué embromar! Así podrá levantarse temprano y salir a juntar papeles, como siempre. No es la primera vez

que su estómago, superándose, bate los propios "records" en lo tocante a ayunos... Ahora es un momento muy propicio para conciliar el sueño, pues han dejado de sonar las insufribles latas. Pero el cocimiento del "Sultán" apesta con su tufo a aguarrás. ¡Quiensabe qué brebaje asqueroso pretende hacerle tragar ese puerco! Tal vez el jarro haya contenido pintura en algún tiempo, antes de ir a parar al basurero de donde sin duda lo recogió... El cangrejo de junto al asa se está dejando absorber por el tizne. ¡Bicho estúpido! Ya no le quedan visibles sino las pinzas y media pata. El jarro conserva un poquitito de esmalte alrededor del borde. En eso le recuerda aquél en que su madre le daba el café, cuando pequeño. Excelente mujer, su madre, aunque demasiado santurróna. Todo el día rezando ante sus imágenes churriguerescas. Siempre haciéndole rulos de papel, para acentuar la semejanza con el Niño Jesús que se obstinaba en hallarle. Y diciendo a troche y moche a las mujeres de la vecindad: "Será mi orgullo este hijo. Dios ha de permitirme vivir hasta verlo sacerdote..." ¡Las cosas de la vida! Aquel invierno que le dieron un sobre todo viejo, largo hasta el extremo de rozarle los tobillos, fué cura. Lo fué en la boca de los vendedores de diarios, que así le motejaban cuando pasaba con su bolsa a cuestas, recogiendo desperdicios. Menos mal que Dios no le permitió verlo a la ilusa de su madre...

En la bahía, el agua carece de dignidad. Es un agua muerta a la que se le atreven hasta las ratas sarnosas, cuando escapan de la bodega vacía de algún barco. El las ha visto surcarla más de una vez, muy campantes, el hocico en alto y el repugnante lomo lleno de costuras...

Era muy otra aquella vida de la Rambla Sur, cuando se guarecía entre piedras y no entre latas. Eran buenos

tiempos, sí. Hasta abundaban los papeles en las calles. Y por las noches, no había más que tirarse de espaldas y escuchar el mar. El se encargaba de proporcionarlo todo: la música, las visiones, el sueño... Hacía pensar en mujeres el fuerte tufo erótico de la marisma. El musgo era suave y tibio como debían serlo los muslos de las muchachas que pasaban allá arriba, rozando la balaustrada... A veces una pareja descendía por los escalones rústicos, en busca de soledad y de sombra. "Entre esas piedras debe haber algún bichicome" — decía la mujer. "No tengas miedo. ¿Quién va a ser capaz de meterse ahí?" — argumentaba el hombre. Y las piedras comprendían y callaban...

Se estaba bien allá. Eran cuatro piedras estupendas, aquéllas. Una a cada costado, otra detrás, otra encima. Había que entrar gateando, claro. Pero se estaba bien. El "Cordobés" no tenía derecho a hacer lo que hizo. Fué una arbitrariedad. La noche que lo encontró instalado tranquilamente en su yacija no supo proceder. Lo que correspondía era haberle machacado la cabeza con el pedazo de hierro que le servía de atizador. Cometi6 la torpeza de despertarlo. Y tras de perder sus piedras perdió tres dientes, además de haberle quedado hendido para siempre el caballete de la nariz. Culpa de esa hendidura llamábanle desde entonces el "Boxeador"... Fué un idiota al no haberle machacado la cabeza mientras dormía. Debió tener en cuenta que el "Cordobés", como todos los forzudos, sólo era capaz de razonar con los puños...

Un hombre no puede vivir tranquilo entre latas. Eso lo comprende cualquiera. Menos mal que el "Sultán" y el "Toronja" son buenos compañeros, aunque se hayan propuesto curarle de una enfermedad imaginaria. El "Sultán" es muy engrandecido en lo referente a mujeres,

no se puede negar. Según dice, nunca le faltó una media docena de amantes mientras fué joven. Y hay que ver cómo le relumbran los ojos cuando urde sus mentiras de alcoba. Quizá de tanto narrarlas haya llegado a creérselas, el imbécil. Pero es un compañero especial...

Al "Toronja" le dirá cuatro frescas si insiste con lo de la hospitalización. Ahí asoma otra vez su narizota encarnada, llena de pústulas. Dice que fué la viruela que lo dejó así. Siempre está con temor de que lo crean leproso. Pero es muy significativa su preocupación de no desnudarse ante los compañeros. No es ninguna señorita, el "Toronja". Además, tiene la lengua bien puesta. Sabe llamar las cosas por su nombre, sin rodeos ni melindres. Resulta verdaderamente extraña esa preocupación en un sujeto como él. Si alguien habla de lepra en su presencia, se pone de mal humor. Y tiene varios recortes de periódicos, raídos y amarillos, que suele leer cuando cree que nadie lo observa. Tal vez esos recortes se refieran...

¿Pero qué les ocurrirá a sus compañeros? Se han puesto a discutir desafortadamente, gesticulando como unos locos. Y el jarro del cangrejo parece ser la causa de la disputa. Ahora el "Toronja" le pega un puntapié y lo vuelca sobre las brasas. ¡Qué bárbaro! ¡Con el trabajo que le había dado al otro aquel cocimiento!... Se van a romper las muelas esos dos brutos. Como si lo estuviese viendo... ¿Y quién será ese tipo de gorrito blanco y túnica que discute también? M. S. P... M. S. P... Cualquiera entiende el significado de tales letras...

"Vos estás enfermo, Boxeador. Tenés mucha fiebre... Allá te van a atender mejor..." No debió darle tiempo a decirlo, siquiera. Un buen trompis en aquella nariz averiada era lo que se merecía, por desleal. ¿Por qué le pesarán tanto los brazos? Parecen dos lingotes de plomo que nada tienen que ver con su cuerpo... "El Ma-

ciel está muy cerquita... Te curarás en menos de una semana, Boxeador..." ¡Ah, con qué el "Sultán" también, no? Se han puesto de acuerdo los canallas. Y el del gorrito blanco está de mal talante. No hace sino gruñir palabras ininteligibles...

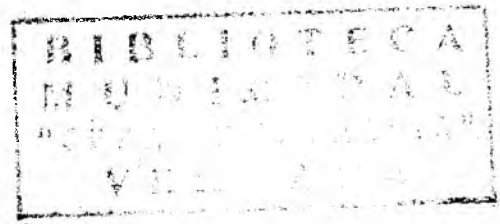
Si sus brazos no fueran dos lingotes de plomo les propinaría una soberbia paliza a los tres. Quiensabe si al "linyera" no lo llevaron también así, en vilo. Eso es un atropello. A lo menos que puede tener derecho un hombre es a escoger el sitio donde morir. Y eso cuando le llega la hora. Porque lo que es él tiene mucho rollo todavía. Una enfermedad imaginaria no puede matar a nadie...

¡Cómo resuenan las endemoniadas latas! Tal vez se estén riendo de su desgracia. Y ese papanatas del gorrito que quiere llevárselo a toda costa... "¡Déjeme en paz! ¡Yo estoy sano! ¡Llévese más bien al "Toronja", que es un leproso! ¡Sí, señor, un leproso!"

La cara del "Toronja" se ha puesto blanca. Ahora roja. Ahora blanca otra vez... Debe ser la rabia. Pero merece que se lo haya chantado. Llevarse a un hombre en vilo, quieras que no, es una arbitrariedad.

¡Ah, si sus brazos fueran sus brazos en vez de dos lingotes de plomo!...

A MEDIA NOCHE



A MEDIA NOCHE

Descendió del tranvía en la curva, para ganar tiempo, y se internó a paso rápido por una de las callejas oscuras y mal pavimentadas que desembocaban en la avenida.

Hacía un calor de tormenta, intensísimo. El cielo estaba negro y allá al Norte, muy lejos, agrietábalo un continuo relampagueo. Los plátanos, en trance ya de retoñar, saturaban la noche con el olor lujurioso y dulzarrón de sus hinchadas yemas.

A medida que iba avanzando sentíase minado por un desasosiego que le era cada vez más difícil reprimir. De tanto en tanto, su mano derecha palpaba con disimulo la filosa trincheta que, envuelta en un retazo de cuero blando, escondía en el bolsillo interior del saco.

La callejuela estaba solitaria a aquella hora. Ni un alma en la calzada llena de baches, de latas viejas y de desperdicios. Nadie tampoco en las aceras de ladrillos leprosos, donde medraban altos yuyales nutridos por las basuras en descomposición. Las puertas y ventanucos miserables no traslucían ningún rayo de luz. Apenas si el llanto de algún niño o el carraspeo de algún viejo insomne escapaba por los intersticios, aquí o allá. En la oscuridad de la noche, las espaciadas casuchas parecían más chatas y lúgubres que de ordinario.

Se detuvo unos minutos en la esquina, antes de tomar la cortada, y escudriñó con ojos recelosos el contor-

no. Secóse el abundante sudor que le bañaba la frente. Sus manos olían a betún, a engrudo, a zapato sucio. Y sus ropas también. Era su viejo y maldito olor de remendón, el mismo que le asediara desde niño en el taller de composturas de su padre; el mismo que motivara la gresca cuyo recuerdo vivía, imborrable, en esa cicatriz que le cruzaba al sesgo la frente... Unos milímetros más y el cortafierros le hubiera llegado a los sesos. Tal vez hubiera sido lo mejor. No hubiera conocido a María. No estaría en ese momento allí, roído por los celos, torturado por el deseo y el miedo de matar...

Y de esa tortura era igualmente culpable el aborrecido olor. Estaba seguro. No podía ser otra cosa. En aquel sótano destartado de la calle Cerrito, que hacía a la vez de taller, de alcoba y de cocina, el tufo de la satinola y del pegote, unido a las fétidas emanaciones de las suelas y de las plantillas traspiradas, volvía irrespirable el aire, impregnaba las ropas, metíase hasta en la masa del pan. No era que María hubiese dejado de amarle, no; era que la había ahuyentado aquel hedor insufrible. Ella nunca se lo dijo, pero era así. Estaba convencido, absolutamente convencido de que era así. De otra manera, María no le habría cambiado por aquel mamarracho del "Bastillo". Porque la única ventaja que tal sujeto le llevaba era que siempre iba limpio y con el pañuelo empapado de perfume. Fuera de ese detalle exterior no cabía cotejo entre ambos, pues el "Bastillo" era un tipo de mal vivir, cuyas manos sólo servían para manejar tramposamente los naipes, sustraer billeteras de los bolsillos ajenos y golpear mujeres. Lo que se dice un pésimo individuo, un hampón. Y, para colmo, venido a menos hasta entre los de su propia calaña por delator, por desleal. El, con sus manos embetunadas y su mugriento mandil de cuero, lleno de cortaduras, valía infinitamente más

que aquel tipo. Nunca le había pegado a María. Ni siquiera le había levantado la voz. Y por lo que atañía al sustento, habíaselo proporcionado, mal o bien, todos los días, durante el tiempo que compartieron el sótano. Sin embargo, ella lo abandonó de buenas a primeras una noche para ir a meterse en aquella casilla de arrabal, donde pasaba hambre, donde el "Bastillo" la molía a golpes cada vez que le fracasaba algún plan. Se lo confesó la propia María en las dos o tres cartas con que respondió a las suyas. Pero nunca quiso volver al sótano. Rechazó obstinadamente todas las propuestas de reconciliación que él le hiciera, humillándose hasta el punto de ir a suplicarle allí, a la casilla, de arrastrarse llorando a sus pies, de prometerle que toleraría sus futuros deslices con el "Bastillo"... Ciertamente que son muy extrañas las mujeres. Pero en el caso de María, el culpable no podía ser otro que aquel su abominable tufo de remendón. Si él hubiera sido marinero, como soñó de niño, María jamás lo hubiera abandonado. A ella también le gustaba mucho el mar según se lo dijo más de una vez, durante aquellas hermosas noches de verano en que pasearon juntos por la rambla. Encantaríanla sus regresos de países distantes, el relato de sus largas travesías, la evocación de sus andanzas por las más remotas latitudes; y, sobre todo, el buen olor a sol, a salitre y a yodo que trascendería su semblante curtido, rojo de salud, muy distinto sin duda de esa mascarilla pálida y enfermiza con que le había conocido...

Pero en este cochino mundo se hace siempre lo contrario de lo que se desea. Era una triste cosa pasarse la vida claveteando suelas en un sótano oscuro. Quizá por eso habíase apegado de tal modo a María. Ella no era bonita, ciertamente. Una muchacha como las demás, que se pasaba las horas libres puliéndose las uñas o apren-

diendo lloronas letras de tango. Pero a él le bastaba con sentirla amanecer y anochecer allí, a su lado, compartiendo el aire de su cueva y su pedazo de pan. El hueco que dejara su ausencia ya no podría llenarse, porque otra mujer nunca podría ser sino eso: otra mujer. Y además se hartaría, como ella, del olor a betún...

¡Ojalá el albañil aquél de la calle Solís que se burlara de su hedor a zapato, provocándole una reacción violenta, le hubiera alcanzado los sesos con el cortafierros! Hubiera sido lo mejor. Le habría impedido degradarse haciéndole a María la propuesta vil que ella rechazó, y avergonzado de la cuál pasara luego tantas noches insomne, revolcándose en su camastro...

María díjole esa vez que él era un pobre diablo, y con razón. Seguramente se habría burlado después de su blandura, en compañía del otro. No porque fuese ninguna pécora. Era una buena muchacha que se había hartado de su olor a betún, nada más... Y sin embargo la iba a matar, en frío, como a una rata, aún sabiendo que no podría vivir sin ella. Era una cosa estúpida, realmente; pero era así. Obsesionábale la idea de matarla. A cada instante se la imaginaba en brazos de aquel rufián acicalado y bien oliente, mofándose de él, y sentía como si la sangre se le convirtiese en una llama líquida... No podía soportarlo más. Estaba resuelto a abrirlos con la trincheta a los dos. Los dividiría como a los cueros de su taller. Y entonces descansaría... Tal vez hasta pudiese engancharse como marinero en algún buque mercante. Y si la policía lo atrapaba, en la cárcel estaría libre por lo menos del maldito tufo a betún...

Palpóse nuevamente el bolsillo del saco y echó a andar por la cortada. Empezaban a caer algunos goterones. En la avenida zumbaba el último tranvía nocturno.

MENDIGOS

MENDIGOS

Tendido de espaldas en su rincón habitual, sobre el montón de trapos y bolsas viejas, miraba el cielo a través del gran boquete del techo. La luna y las dos estrellas pálidas que parecían escoltarla corrían sin cesar, a toda prisa, desgarrando las ingravidas nubecillas blancas que les salían al paso. Calculó la velocidad de la carrera: treinta kilómetros por hora, como mínimo. Y sin embargo, estaban siempre allí, al alcance de sus ojos. Era una cosa bien extraña. Pero que le buscasen otros la explicación, si querían. El no estaba dispuesto a romperse la cabeza descifrando los enigmas celestes. Bastantes cosas incomprensibles sucedían también en la tierra, sin que nadie se las hubiera explicado satisfactoriamente. Ni el "Obispo", que era lo que las gentes difíciles llaman una enciclopedia, y que hasta se sabía de memoria las aventuras completas de Rocambole...

¡Bah! El, Ricardo Zeballos, por mal nombre "Murciélagos", no le daba importancia al mundo, ni malgastaba su tiempo en andar analizándole los misterios. Lo único bueno que poseían los hombres era el don incomparable de la fantasía. Nada mejor que tirarse de espaldas en un rincón cualquiera y ponerse a imaginar cosas... De no poder hacerlo, él ya se habría arrojado

de cabeza al mar, seguramente. Miedo de morir no tenía. Y el oficio de mendigo no era por cierto envidiable. Con la crisis, la gente se estaba volviendo cada día más mezquina. Hasta las devotas que madrugaban para ir a misa, habían empezado a olvidar la caridad de una manera alarmante. Y como si eso fuera poco, la policía, siempre inoportuna, impedía tender la mano a gusto hasta a los profesionales viejos, con toda una vida de oficio... Claro que había tipos que se acostumbraban a todo y vivían tan campantes. Villalba, por ejemplo, que aparte de ser un tuerto auténtico se encontraba cuanta desgracia perdida andaba por el mundo. Un sujeto de esos que si se caen de espaldas se rompen la nariz, de puro infortunados. Y no obstante veíasele siempre alegre, con cara y ánimo de pascuas. El "Obispo", con ser tan sabihondo, era incapaz de soportar los reve-ses como Villalba. Y tal vez por eso tenía ojeriza. Molestábanle su buen humor perenne y sus carcajadas francas, abiertas, que no perdían ocasión de desgranarse.

A él no le gustaba nada aquella inquina del "Obispo" hacia el compañero común. Antes, cuando eran sólo dos a convivir en el derruido barracón, iban mejor las cosas. Porque Villalba y él no reventaban un hilo, como suele decirse. Todo lo compartían con equidad: desde las monedas hasta los sinsabores, siempre más numerosos. Pero desde que se les agregó el "Obispo" empezaron las discordias. Aquel tipo era un perfecto engreído. Creía que con repetir lo que leía en los diarios iba a arreglar el mundo, el muy idiota. Y lo peor era que, abusando de su superioridad física, había llegado a maltratar de hecho a Villalba. Una noche, al volver al barracón, él encontró al tuerto con la nariz sangrando y el único ojo lleno de lágrimas, pero riendo como siempre, sin embargo. Es triste el espectáculo de un hombre que llo-

ra con un ojo solo, aunque su boca ría... "No es nada — hábale dicho entonces Villalba—. Me caí al cruzar la calle. No tiene importancia..." Se lo creyó en aquel momento. Pero días más tarde supo la verdad, gracias a una borrachera del tuerto. Cuando éste bebía más de la cuenta, echaba fuera todo lo que tenía guardado. Se daba vuelta el alma como un bolsillo, mostrando hasta el último repliegue. Y así fué como le dijo que el "Obispo" lo había golpeado, quitándole encima su dinero para irselo a beber solo por ahí, por las tabernas del puerto. ¡Una verdadera bajeza! Bien mirado, a él no le incumbía en absoluto el asunto. Sin embargo, guardaba desde entonces entre sus trapos una vieja navaja sevillana, pacientemente afilada...

Volvió a mirar la luna y las dos estrellas viajeras, siempre presentes a pesar de su marcha sin interrupciones. Acaso fuesen las nubes quienes corrieran. Pero no, si se veía bien claro. Sus ojos no podían engañarle.

Desde el otro extremo del barracón llegábale el ritmo sereno de la respiración de Villalba, que dormía con un sueño plácido de niño. El no sabía por qué, sin haber tenido nunca hijos, enternecíale de tal modo esa respiración, cada noche, que a veces hasta experimentaba deseos de llorar. ¡Bah! ¡Tonterías!...

El "Obispo" estaba tardando demasiado. Andaría de juerga con algunos borrachos como él, seguramente. Cuando regresara, caería a plomo sobre su yacija y se pondría a roncar al punto, como un cerdo, impidiéndole fantasear a gusto.

Rióse al recordar la cara angustiada de un viejo que le diera limosna esa tarde. Era de los que hacen caridad para ponerse bien con Dios, sin duda. Pero la expresión del rostro lo traicionaba. Sufría al desprenderse de la monedita como si le estuviesen extrayendo una muela

sin anestesia. ¿Cómo iba a engañar de tal modo a Dios, que todo lo ve, según dicen? Mendigando, se conocía bien a la gente. Había también los tipos que daban por vanidad, porque el hecho de dar los hacía creerse superiores a alguien. Y los que obraban por exhibicionismo... Y los supersticiosos, que buscaban por tal vía congraciarse con la buena suerte en los negocios, o en el amor, o en el juego... ¡Todas mezquindades, en suma! ¡Todas pequeñeces que hacían desagradable el oficio!...

Lo mejor que había en el mundo era yacer de espaldas, imaginando cosas. Acordóse de la navaja oculta entre sus ropas y le pareció absurdo el hecho de que la hubiera guardado allí él, Ricardo Zeballos, que nunca había tenido intención de hacer mal ni a una mosca. Era estúpido ocupar el cerebro con el pensamiento de dar muerte a un hombre, así fuese un malvado, habiendo tantos buenos sueños que soñar. ¿Para qué hacerse mala sangre por asuntos que ni siquiera le atañían personalmente? ¿Qué podía significar un puñetazo más o menos en la vida de un mendigo? Tal vez ni el propio Villalba recordaba ya el que le habían propinado. Y él, en cambio, echándose las de vengador, perdiendo el tiempo en urdir represalias, como un imbécil...

Aquella nube grande tenía exactamente la forma de un barco a vela. Intentaría navegar un rato. Un viaje-cito marítimo no vendría del todo mal con el calor que empezaba a sentirse allí, dentro del barracón. Olvidaría lo circundante, se concentraría bien, y listo. Lo demás realizaría sin tropiezos, a su debido tiempo. Era idiota que a él le llamasen "Murciélagos" solamente por su afición al silencio y a los rincones oscuros. Si los prefería, era nada más que para poder fantasear a sus anchas, sin interferencias molestas. Tal vez él debió ser poeta y

no mendigo. Pero el destino suele complacerse en torcer las vocaciones humanas. ¡Si hubiera aprendido a escribir, por lo menos!... De pequeño, careció de tiempo para la escuela. Trabajaba de una a la otra punta de los días, bajo la férula cruel de su padrastro, que perdía luego a los naipes todo el fruto de su esfuerzo. Y ahora, el tiempo que le restaba de vida era poco para descansar. Y para fantasear... Hacía lo en tanto mendigaba junto a los portales, fingiéndose inválido; y después, por las noches, tirado en su rincón, mientras el tuerto Villalba dormía con sueño de niño y el "Obispo" roncaba estrepitosamente, como un cerdo cebado...

Ya iba navegando en alta mar cuando volvió a la realidad aquel insólito cuchicheo. Reconoció en seguida la voz del "Obispo", parsimoniosa y enfática como siempre. Las otras dos éranle totalmente extrañas.

Llegaron nítidas las palabras hasta su oído alerta. "Tiene plata — decía el "Obispo". — Te digo que tiene plata". "Ustedes lo sujetan y yo lo registro" — propuso uno de los desconocidos. Siguió a las voces un rumor de pasos furtivos, encaminados hacia el rincón donde dormía Villalba. Aguardó unos segundos todavía, acodado en el suelo, todos los músculos tensos y el corazón y las sienes latándole violentamente. ¿Sería capaz de aquéllo el "Obispo"? Estaba borracho, seguramente. Necesitaba dinero para seguir bebiendo con sus compinches. Y, como siempre, había pensado en Villalba...

Recordó la llegada de éste al barracón, por la tarde, haciendo tintinear un puñado de níqueles en su bolsillo y riendo, como de costumbre. "Así da gusto pedir limosna, muchachos. Mañana tendremos un almuerzo de ricos, con buen vino y postre..." Y recordó también la mirada oblicua y el hermético silencio posterior del "Obispo"...

Aguzó el oído al percibir un ruido sordo, como de lucha. Dolfíanle los ojos a fuerza de clavarlos en la obscuridad. Sí, era Villalba que jadeaba débilmente, como si le hubieran tapado la boca... Quizá lo estuviesen estrangulando aquellos bárbaros...

Y al fin de cuentas, ¿qué le importaba a él todo eso? ¿Por qué andaban sus manos buscando a tientas entre los trapos? ¿Era estúpido lo que estaba haciendo! ¿Qué fuerza desconocida lo impulsaba? ¿Qué voluntad extraña sacudía su abulia y le ponía ese incontenible hervor en la sangre?

¡Claro que era estúpido aquello! Quería seguir tendido de espaldas, y sin embargo crispaba el puño sobre el mango carcomido de la navaja, que acababa de hallar. ¡Quiensabe! Acaso salvar la vida de un hombre, y más si ese hombre era un compañero que dormía con sueño de niño, valiese la pérdida de todo, hasta de la libertad de soñar tirado de espaldas en el suelo, dentro de un barracón en ruinas...

Abrió la hoja del arma y avanzó contra la sombra, contra el instinto de conservación, contra el feroz egoísmo que pugnaba por retenerlo en su sitio.

La nube con forma de barco cubría en ese instante la luna y las dos estrellas pálidas que la escoltaban.

MUTILACION

MUTILACION

Cuando Blas abrió los ojos estaba estirado, supino, en una cama blanca. Moviendo trabajosamente la cabeza miró a su izquierda, y vió otras muchas camas iguales a la suya. Se volvió hacia la derecha. También por ese lado alargábase la hilera de camas blancas. Y en cada una de ellas un bulto quieto bajo las sábanas, una cara sin sangre...

Blancos eran también el techo, las paredes, los vidrios de los enormes ventanales. Y blanca la vestimenta de aquellos hombres y de aquellas mujeres que iban y venían por los pasillos, con un sigilo casi fantasmal...

A Blas le pareció que recomenzaba el sueño pavoroso, la escalofriante y macabra pesadilla en que se hundiera su consciencia. Esa sala de hospital, blanca y muda, era la repetición del cementerio bajo la nieve, en medio del cual le sorprendiera el despertar. Esas camas alineadas eran los sepulcros, recortando sus perfiles a la claridad enceguecedora de una luna de yeso. Esas caras sin sangre, las caras de los muertos recientes. Esas figuras ingravidas que se deslizaban ante sus ojos, los primeros evadidos de la fosa común. De un momento a otro todo volvería a empezar. Se levantarían

en masa los esqueletos, le rodearían, le golpearían la frente con sus helados huesos, hasta derribarle. Y entonces saldrían de los féretros millones de gusanos hambrientos a descarnarle, para que no desentonase en la tétrica cofradía...

Quiso dar un salto y escapar. Y fué entonces que le volvieron a la realidad dolores agudísimos, punzadas torturadoras.

Todo se aclaró de pronto. Reconoció el hospital, las enfermeras, los vecinos de lecho...

Estaba herido. La policía había disparado a las piernas de los manifestantes. Y a él una bala le había destrozado la rodilla.

Después le pisotearon los que huían. Y la hoja de un sable que golpeaba a ciegas dióle en mitad de la nuca. Cayó desvanecido. Y cuando volvió en sí, martirizado por una sed terrible, ya estaba en el hospital. Rodeaba su lecho un grupo de médicos y nurses. El cirujano jefe, un hombre bajo y rechoncho, de brazos cortos y túnica salpicada de sangre —lo que le daba cierto aire de carnicero feliz—, discutía en voz baja con sus colegas, dos jóvenes cuya piel lisa, transparente, revelaba a las claras la falta de sol. Blas comprendió que se referían a él, porque los tres le espiaban el rostro con miradas furtivas. Oyó, entre otras, una frase del hombre gordo que le heló el corazón:

—Hay que amputar de inmediato.

Quiso decir algo, pero su lengua estaba como paralizada. Zumbábanle los oídos. Las imágenes oscilaban delante de sus ojos, mezclándose, superponiéndose, en una danza de absurdos giros.

Ya en el dintel de la inconsciencia, sintióse halado por los brazos y los muslos y conducido a una sala más pequeña, que olía a éter, a yodo y a formol.

No supo nada más. Parecióle como si la tierra se hubiera abierto bajo él, despeñándole en un abismo sin fondo. Y el horror de esa caída aceleró el desmayo.

Ahora, vuelto a la superficie, reintegrado a la lucidez por el dolor, que le hunde leznas frías en la carne y los huesos, muerde las sábanas para no gritar.

Y las palabras del cirujano rechoncho suenan otra vez en sus oídos reviviendo el pavor, la angustia inenarrable que precediera al derrumbe.

El las rechaza, las niega, procura a todo trance despojarlas de su sentido espantoso, se empeña en ubicarlas dentro de esa zona nebulosa del sueño donde estuviera sumergido. ¿Cuánto tiempo? ¿Minutos? ¿Siglos? Imposible precisar, desde que ese limbo caótico estaba más allá de toda medida, de toda dimensión....

Pero el hombre de aspecto carniceril existía, era el mismo que veían sus ojos en ese momento, inclinado ante una de las caras sin sangre... Y estaban allí también los otros médicos, aquellos dos de la epidermis de loza que reclamaba sol...

Las fatídicas palabras volvían, lentas, refinadas en su crueldad. Eran cinco. No faltaba ninguna.

—Hay que amputar de inmediato.

Alzó con dificultad las manos y se tapó las orejas para no escucharlas. Pero de nada sirvió. Le seguían golpeando los tímpanos sin piedad, una detrás de la otra, implacables. Cinco martillos diabólicos. Cinco alfileres envenenados. Cinco chirridos de sierra sobre hueso.

—Hay que amputar de inmediato.

Después empezaron a corporizarse. Le bailaban delante de las pupilas. Se alineaban como fantoches sobre un hilo invisible. Hacían piruetas en torno de las bombillas de luz. Y todas las letras tenían ahora filosos y

agudos dientes, que relucían con azulados fulgores de acero nuevo. Y el conjunto era una sierra delgada, relampagueante, epiléptica. Tan flexible, que por momentos unía sus extremos para fingir una gran boca redonda que se burlaba de él.

Apretó desesperadamente los párpados. Y en esa repentina tiniebla, arañada por centellas multicolores, fosforeció al punto la sierra demoníaca, ahora con el aditamento atroz de coágulos de sangre, de esquirlas de hueso, de residuos de carne y de tuétano entre su helada dentadura azul.

Se palpó la frente. Ardía. Estaba delirando, sin duda. La fiebre y la sed —esa sed implacable que empezaba a mentirle canciones de agua, ríos que se acercaban para desembocarle en la garganta— tenían la culpa de sus alucinaciones. Ni siquiera se había hablado de amputarle la pierna, que —ahora se apercibía de ello con un júbilo salvaje— estaba allí, en su sitio, viva, hormigueante, estremecida a intervalos como la otra, como el resto del cuerpo, por los ramalazos quemantes de la fiebre, por los escalofríos... Sentía claramente el cosquilleo de los vellos al erizarse la piel, el roce de la sábana sobre la rodilla herida, hasta el movimiento nervioso de los dedos del pie...

Todo había sido cosa de pesadilla, engendro de su imaginación calenturienta. Cuando alcanzaran su boca en ascuas esos ríos milagrosos cuya música cristaleaba cada vez más cerca, y cuyo olor a madrugada fresca suavizábale ya la polvorienta nariz, los bronquios acorchados, los pulmones de reseca estopa; cuando ahogara en sus ondas paradisiacas esa sed terrible, que parecía vaciarle sobre la lengua montañas de ceniza caliente, desiertos enteros de calcinada arena, se ahogaría con ella la fiebre generadora de angustias, de miedos, de

alucinaciones... Y él, Blas Alvarado, vendedor a comisión de baratijas, recomenzaría su peregrinaje por las calles de las barriadas humildes, pregón aquí y alda-bonazo allá, disputándole a la vida su cotidiano sustento, andando siempre, de la mañana a la noche, sobre sus dos piernas sanas, firmes, infatigables...

Sin embargo ese cirujano de los brazos cortos... Y esas súbitas ausencias de la extremidad herida, que parece perder su peso y su volumen, desmaterializarse... Y el balazo del mitin...

Vuelve a verse allá otra vez, aturdido por el clamoreo de aquella muchedumbre que vociferaba, jadeante, ronca, alzados los puños sobre las cabezas. El ni sabía siquiera de qué se trataba. Había ido a vender escarapelas cuyo simbolismo desconocía. Y la marea popular lo envolvió, lo arrastró... Hasta que de pronto, manos inubicables trizaron una vidriera a pedradas. Como si no aguardara más que eso, el escuadrón de seguridad cargó sobre la multitud. Chispearon las herraduras en el asfalto. Se abatieron los sables centelleantes contra la masa de carne empavorecida. Las patas de las bestias pisotearon vientres, rostros, pechos... Algunos núcleos intentaron resistir. Sonaron detonaciones aisladas. Y entonces la policía disparó sobre la muchedumbre que huía, y la calle quedó sembrada de heridos...

Blas ya no puede defenderse de esa realidad que acaba de reconstruir, y que vuelve a echarle encima todo el plomo sofocador del miedo y de la angustia.

Cierra los ojos para no ver las camas blancas y las caras sin sangre. Quiere soñar de nuevo, hundirse otra vez en el precipicio sin fondo. Porque ya desespera de la liberación de los ansiados ríos, que continúan cantando más cerca cada vez, pero que nunca llegan.

Tampoco llega el sueño. Y las ausencias de la

pierna se repiten y se prolongan de una manera alarmante...

De pronto le acomete una incontenible necesidad de saber. Y ya ni el miedo logra sujetar esas manos que se estiran estremeciéndose, que palpan, que registran, hasta alcanzar una como almohadilla fofa de algodones y vendas.

Su alarido salvaje atraviesa los cristales y escapa ealle afuera, cual si buscara un pecho donde refugiarse. Y por entre las sábanas revueltas, el muñón ensangrentado se alza como un índice trunco que intentara acusar.

FIN DE SEMANA

FIN DE SEMANA

Elena suspende una vez más su tarea. Las teclas de la máquina de escribir han empezado a bailarle delante de los ojos. Los oídos le zumban. Por un instante tiene la sensación de que se va a desmayar. Pero un nuevo esfuerzo de la voluntad la sobrepone al desfallecimiento físico.

Mira con ojos absortos el encabezamiento de la carta comercial, cuyo texto se sabe de memoria, porque es igual al de miles y miles de cartas anteriores, y que sin embargo ahora, recién ahora, le empieza a parecer estúpido.

A fuerza de mirarlas, las palabras de ese encabezamiento acaban por perder su sentido habitual, por deformarse poco a poco, hasta que al fin se convierten en un montón de signos incomprensibles.

Separa entonces los ojos del papel; los pasea distraídamente por las paredes; los lanza tras una mosca solitaria, que vuela trazando círculos en torno a la bronceada cadena del artefacto eléctrico, y que luego va a golpearse con torpe obstinación en los vidrios del ancho ventanal; y por último los refugia una vez más en las palmas de sus manos exangües, húmedas y afiladas.

El tic-tac presuroso e indiferente de su reloj-pulsera le recuerda que el tiempo pasa, sin tener en cuenta su malestar ni su desgano, y que todavía le queda por escribir una docena de cartas para ponerse al día.

Con gesto de fastidio aprisiona detrás de la oreja

un rizo breve y rebelde, que le cosquillea en la mejilla. Luego se inclina sobre la máquina y recomienza furiosamente su trabajo. Los largos dedos veloces golpetean mecánicamente el teclado. Y las letras se alinean en el blanco papel para formar aquellas palabras abominables, aquellos párrafos falsamente corteses bajo los cuales acecha el interés mercantil de la empresa, y que después, por la noche, le darán vueltas y vueltas en el cerebro, estropeándole el sueño como de costumbre.

Mientras ella redacta una tras otra las detestadas cartas, el sol matinal mete por los vidrios una avalancha de luz rubia y alegre. Y frente a esa claridad juguetona, que invita a la despreocupación y a la vagancia, parece aún más amarilla su cara de reclusa y se le acentúan aún más los pliegues tempranos del entrecejo y el ángulo de los párpados, por donde anticipa su presencia la temida vejez.

* *
*

La hora de la salida la sorprende en plena labor. Todavía queda por redactar una buena parte de la correspondencia. Y así se lo hace notar el gerente cuando ella le lleva las cartas a la firma.

—Hoy no ha estado usted muy diligente que digamos, señorita.

La suavidad del tono no atempera el efecto del reproche. Elena enrojece. No sabe qué responder y ensaya una sonrisa inexpresiva, descolorida. ¿Cómo decirle a ese hombre que está cansada, que no tiene ánimos para trabajar? No aceptaría en modo alguno semejante excusa. Los gerentes no entienden de fatigas ajenas. Acaso el suyo hasta le espectrala, con pretensiones moralizadoras, el discursillo que acostumbra a gastar en

tales casos. Le diría que así no se triunfa en la vida; que con ese temperamento no se va a ningún lado. Y sacaría a relucir el manido paradigma de su propia carrera comercial: “Yo me formé de la nada, señorita —le diría—. Empecé de mandadero en la antigua barraca Hudson. Jamás falté al trabajo, ni tuve vacaciones, ni dí parte de enfermo. Y poco a poco, a fuerza de empeño, de voluntad y de tesón, fui capacitándome y ascendiendo hasta que... ya lo ve usted...” Y terminaría con una sonrisa de orgullo, igual que siempre.

Muy ejemplar la historia, por cierto. Muy edificante. Sobre todo teniendo en cuenta que su protagonista narra lo que le interesa de esa trayectoria triunfal, omitiendo lo que atañe a su servilismo, a su obsecuencia, a las patrañas empleadas para irse infiltrando subrepticamente en la órbita patronal, ayudado por una facultad casi mimética de adaptación.

Claro que ella podría replicarle: “Muy meritorio es todo eso, sin duda; pero en lo que a mí respecta, llevo diez años largos aquí, trabajando cada vez más y ganando siempre lo mismo.” Sin embargo... ¡Bah! ¿De qué valdría chantárselo? Hasta resultaría peligroso.

Ni siquiera se inmuta cuando el superior, estampadas todas las firmas, y mientras vuelve al bolsillo su lujosa estilográfica, dícele con mal disimulada acritud:

—Hay que mover más rápido esos dedos, señorita. Y recuerde que es correspondencia de apuro la que le quedó por redactar.

* *
*

El sol de mediodía cae a plomo sobre el hormigón de las calzadas, pulido por el incesante tráfico. Elena camina presurosa hacia la parada del ómnibus. El aire

y la luz despejan un tanto su cabeza y le devuelven gradualmente el ánimo.

Mientras anda, se observa de reojo en las vidrieras. No está tan mal para sus veintiocho años. Lo de las arrugas es más aprehensión que realidad. Y fuera del escritorio ella es una mujer distinta, con hermosos ojos rasgados, talle elástico y firme busto desafiante.

—¡Qué espléndido día! — murmura, sonriéndole a su propia imagen en los cristales llenos de sol.

Los piropos que recoge a su paso no la molestan como otras veces. Ya en la esquina, un vejete azucarado se pone a detallar sus encantos. Resulta verdaderamente ridículo con sus cuatro pelos teñidos y la piel del cuello suelta y mascada por los años, vomitando sandeces a media voz. Pero ante el buen humor imprevisto de Elena aparece más bien cómico, de una comicidad que la obliga a volver la cabeza para no estallar en carcajadas. El vejestorio entonces, juzgándose en franco éxito, carga las tintas. Avanza hasta desembocar en la pornografía. Y el asco endurece de nuevo las facciones de la dactilógrafa. El ómnibus, que se aproxima, sujeta en sus labios la áspera palabra:

—¡Imbécil!

Va a asir el pasamanos cuando el guarda la detiene con la voz y con el ademán:

—Completo, señorita.

Y otra vez, como todos los días, dos, tres coches perdidos. El enervante plantón de rigor. Y las procaçidades que acreditan la "viveza criolla".

Al fin logra ascender a un vehículo, y encogiéndose hasta lo increíble se introduce en el repleto pasillo, donde la prensan una enorme barriga y la remolonería torpe de un borracho, cuyo aliento apesta a salchichón rancio. El ómnibus, retrasado, corre veloz y temerario,

klaxoneando estrepitosamente en cada bocacalle. El guarda discute con los que, a pesar de su orden en contrario, insisten en subir. A los oídos de Elena llegan trozos de diálogos y palabras sueltas. Dos estrategias de diario discuten tácticas y posiciones del último frente y vaticinan sucesos apocalípticos. Más adelante, una "barra" de muchachos baraja chances para las reuniones hípicas del domingo, que alterna con opiniones sobre los próximos matchs de fútbol. Se hacen y deshacen cracks a voluntad. Se habla de "pasar el trapo", de "mover la guinda", de "dar fierro". Por su parte, el borracho entabla conversación con el propietario de la barriga antiestética. Este se queja de la crisis y añora melancólicamente los tiempos en que "uno con cinco reales comía hasta reventar". Aquél asegura que la caña de la Ancap es un veneno, pero que como los pobres no pueden tomar whisky...

El ómnibus se va adentrando ahora en las barriadas suburbanas, en las zonas de la lata humilde y del ligustro disimulador, de los baldíos donde fraternizan los papeles viejos, los gatos vagabundos y los chiquilines de lenguaje procaç y vientre al aire.

Como siempre, Elena toma por la cortada que la lleva directamente a su casa. Y como siempre también, la avergüenzan sus zapatos de alto tacón y sus manos de palma lisa y uñas purpurinas.

Sin embargo, ella es una muchacha laboriosa, con diez años de juventud sacrificados al pan familiar. No puede comprender cómo no se avergüenzan esos señores importantes que, con excesiva frecuencia, meten por allí sus automóviles último modelo, buscando un sitio oscuro "para programitas".

* *
*

Traga con lentitud y desgano unas cucharadas de sopa fría, insípida. Deja sin tocar la carne recocida y se levanta mordisqueando un pedacito de pan. Se le han ido por completo los deseos de comer. Y con ellos, el optimismo de momentos antes.

Es que está cansada de perder sábados y domingos de sol allí, en el hogar triste y silencioso, junto a una hermana siempre dispuesta a hacer su voluntad y a un padre siempre cabizbajo, que si alguna vez habla es para quejarse de su mala suerte. ¡Y con lo que le gustaría a ella irse al campo, darse semanalmente un hartazgo de naturaleza pura, de candor vegetal!...

—Mirá, Elena, que esta tarde me tenés que llevar al biógrafo. Dan una cinta de las hermanas Lane. Dice Julita que es divina, ¡pero divina!

—No seas tonta, Luisa. ¡Querer encerrarte con una tarde semejante!...

Pero la otra se mantiene en sus trece. "Diviniza" la película tres o cuatro veces más. Intenta relatar el argumento de la comedieta, una idiotez barnizada de sentimentalina gruesa, en la que la miseria se tapa con acolchados lujosos y empeña prendedores de brillantes...

—Julita me lo estuvo contando punto por punto ayer. Imagínate tú que...

Elena la deja con la palabra en la boca y sale al patio. Allí está como de ordinario el padre, sentado en la vieja silla de mimbre, dando baños de sol a su pierna tullida y ojeando el diario del día anterior, que le prestara un vecino. A la vista de sus cabellos blancos y escasos, que cruzan como hilachas el cráneo puntiagudo, y de las mejillas empozadas, blanduzcas, Elena se siente recorrida por una ola de ternura triste, que vanamente trata de concretar en palabras.

Se acerca a él, le sonrío, le coloca las manos sobre los hombros, le hace preguntas banales, resucitando para ello su antigua voz de niña. Pero el padre contesta con monosílabos, evasivo, casi agrio.

Desde la muerte de Raúl está así, cerrado, inabordable. Elena se aleja, procurando ahora esquivar el recuerdo del hermano, estibador del puerto que un fardo convirtiera en papilla antes de los veinte años. Fué la impresión más espantosa de toda su vida. Aquel cadáver roto, trunco, aquella pobre cosa sin rostro que traieran a la casa los compañeros, la persiguió durante muchos meses. Llegaba por las noches atravesando las paredes, se sentaba en su cama, le hacía muecas con los pingajos colgantes y viscosos de la boca...

Vuelve adentro en busca de un refugio cualquiera, de una distracción. Coge de sobre la cama una revista vieja. La abandona al instante. Sale con una jarra de esmalte descascarado y se pone a regar las plantitas ordinarias, que languidecen dentro de sus latas de bordes filosos, marrones y ásperas de herrumbre.

Pero Raúl no quiere irse de su memoria. Y con él comienzan a volver todas las cosas perdidas. El pasado resurge. La madre anda otra vez por la casa, pequeñita y diligente, con la vieja dulzura de sus ojos bovinos y el ceceo de su voz bondadosa, que afelpa la comprensión y el cariño. Retornan las lejanas tardes de invierno, con olor a maní caliente y toscas muñecas despanzurradas; la bullanga escolar; los hondos cielos primaverales manchados de cometas cantoras. Y los quince años presuntuosos. Y el cargante novio que lee a Vargas Vila y gasta diccionario de bolsillo...

Acosada por esa legión de espectros, Elena termina por acercarse a su hermana y decirle:

—Luisita: vístete pronto con eso vamos a la matiné.

* *
*

El domingo nace, madura y cae agujereado por una lloviznilla muda y vertical. Desde temprano comienza Luisa a hablar de la "toilette" de Priscilla. Elena aprovecha el tiempo para zurcir algunas prendas de ropa interior. Plancha su vestido de calle. Se preocupa viendo que su lápiz de "rouge" ya está en las últimas y que han empezado a correrse puntos en la malla de sus medias. El padre, mientras tanto, maldice la llovizna y se frota con desaliento la pierna anquilosada.

Desde la casa próxima, un receptor de radio derrama el episodio número 88 de "El Calvario de un Angel". Elena se sabe de memoria los que vendrán después. A mediodía, "La Estancia de los Fantasmas". A las cuatro, "El hijo de la adúltera". A las seis, "Los martirios de una virgen".

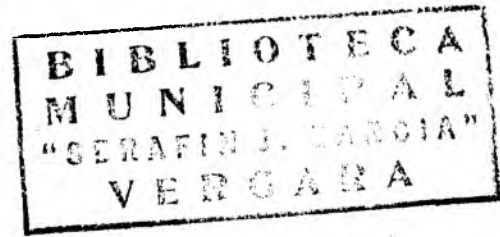
Del otro lado, inicia el matrimonio italiano la con-sabida riña dominical, que empieza indefectiblemente cuando se acaba el litrito de vino tinto.

* *
*

Elena casi se alegra de la llegada del lunes.

Cuando entra al escritorio y desenfunda la máquina de escribir, le dan ganas de besarla como si fuera un ser humano.

EL VOLUNTARIO



EL VOLUNTARIO

De dos en dos sube Diego los peldaños carcomidos y crujientes de la vieja escalera. Ya en la planta superior, recorre el largo pasadizo descubierto, sorteando los charquitos de agua sucia, rojiza, que ha formado la lluvia sobre el roto enladrillado.

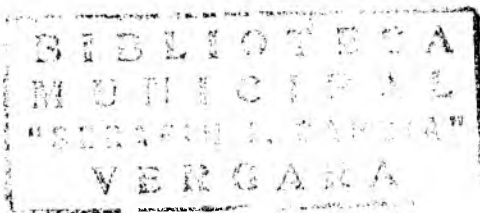
En uno de esos charquitos juegan tres niños raquíuticos, de enorme vientre y demacrado rostro, haciendo navegar a soplidos un diminuto bote de papel de estraza, en el que han acumulado todo un cargamento de puchos y de cerillas usadas.

A un lado del angosto corredor se alínean las sórdidas habitaciones del conventillo, con sus paredes verdes de humedad y sus puertas rayadas de inscripciones obscenas. Al otro se extiende la barandilla de madera, podrida por la acción de los años y las intemperies, en la que apenas queda algún que otro rastro de la antigua pintura.

El aspecto ruinoso y tétrico del conventillo llena de pesadumbre el corazón de Diego.

—¡Y en esta madriguera inmunda vive la pobre vieja!

Llega a la última puerta de ese sector, allí donde el pasadizo tuerce hacia la derecha, formando un ángulo



recto. En la pared, trazado con alquitrán por mano torpe, insegura, el número de la pieza: 25. Es la que busca. Como no hay llamador, golpea con los nudillos, impaciente.

—¿Qué contenta se va a poner cuando me vea!

Tardan varios segundos en acudir. Diego percibe un ruido de pasos desiguales y vacilantes. Luego el roce de una mano que tantea buscando la cerradura.

Se abre por fin la endeble puerta, con quejumbroso gemir de goznes flojos, y en ella aparece una viejecita menuda y amarillenta, restregándose los ojos con el dorso de sus manos ligeramente temblonas, de cuyos dedos penden unas gafas ahumadas.

—¡Mamá!

—¡Diego! ¡Hijito! ¿Es posible que seas tú?

El mozo aprieta entre sus brazos aquel pequeño cuerpecillo senil y besa con dulzura la frente honda de arrugas, las mejillas flácidas, el montoncito de cabellos ralos y encanecidos. La anciana, en tanto, palpa con sus manos ávidas, sensibles hasta la hiperestesia, los hombros, la cabeza, el rostro todo del recién llegado. Palpa como si quisiera convencerse de que no está soñando, de que es realmente la carne de sus entrañas, el hijo que creía perdido ya para siempre, lo que sus dedos trémulos acarician. Pero hay algo más en ese táctil reconocimiento. Hay la necesidad imperiosa de asegurarse de que Diego vuelve sano como había partido, sin ninguna de las heridas ni las mutilaciones horribles con que le viera su angustia, en centenares de noches de insomnio torturador o de atroces pesadillas. Por eso es que le cuenta hasta los dedos, y aún hasta las uñas, con una minuciosidad porfiada e infatigable, mientras prosigue murmurando sin cesar su pobre boca floja, de labios agrietados:

—¿Es posible que seas tú? ¿Es posible que hayas vuelto?

—¡Claro que sí, mamá!

—¿Y no te han herido, hijito? ¿No te han hecho ningún daño?

—Vengo tan sano como lo estaba antes de marcharme. Con sólo mirar mi cara puedes darte cuenta.

Al hacer esa afirmación, una amarga sonrisa involuntaria le distiende los labios. No intenta disimularla, sin embargo. Sabe que su madre no la habrá de ver. Desde el primer momento ha comprendido que en las pupilas húmedas de la anciana anidan ya las tinieblas, como un cruel anticipo de la muerte.

Ella nada dice de sí misma. La presencia del hijo, anegándola de una ternura y una emoción inenarrables, la levanta por sobre el dolor de su tremenda desgracia. Sólo tiene oídos para escuchar esa voz grave, que todavía es en su corazón música niña, canto maravillosamente nuevo de su propia sangre renacida. Sólo tiene manos para acariciar ese cuerpo reconquistado, vuelto como por un milagro de allá, de aquella heroica España donde la metralla segaba por igual hombres y espigas, carne de amor y carne de centeno.

Sentados ahora, ella en su camastro mísero, él en la única y derrengada silla, continúa la viejecita inquiéndolo todo, formulando pregunta tras pregunta, poseída de una curiosidad medrosa pero insaciable. Quisiera saber, detalle por detalle, segundo por segundo, lo que le ha ocurrido al hijo en esos tres años de ausencia, que para ella fueran una eternidad.

Diego esquivo en lo posible el asedio, respondiendo ambigua y brevemente, procurando restar importancia aún a los más terribles peligros experimentados y a las más crueles penurias sufridas en el frente.

—¡Bah! La guerra no es lo que supones, mamá. Además hay una cosa que compensa todos los sacrificios, y es esa fraternidad desnuda y honda que identifica a los hombres cuando conviven en el linde de la muerte. Para que ella fuera posible también en una paz libre y justa, combatimos nosotros.

—Inútilmente, hijo mío. Tanta sangre que se chupó la tierra, tanta ruina, tanta desolación, y todo se ha perdido sin embargo.

—Te equivocas. Todo recomenzará. Algún día el destello de esa sangre coloreará el alba nueva.

Y tras una pausa larga y embarazosa:

—Pero vayamos a tí, mamá. Dime qué has hecho, cómo has vivido durante todo este tiempo.

—Pensando siempre en tí, esperando cada día malas noticias. ¡Qué miedo espantoso cuando me llegaba alguna carta de allá! Miedo de que no fuera tuya la letra del sobre, ¿entiendes? De que tú estuvieses ya...

Se interrumpe para esconder, tras una tosecilla afectada, la emoción que le quiebra las palabras. Diego procura desviar el tema.

—Todo eso ha pasado ya y hay que olvidarlo.

—No es tan fácil, hijo. Tres años de zozobra constante, y a mi edad, dejan rastros indelebles.

—¡Tres años! —repite él, como si recién se diera cuenta de que en efecto habían transcurrido—. Es demasiado tiempo, sí.

Y siente que muerde su cerebro un pensamiento doloroso, que pugna por asomársele a la boca y cuajar en palabras.

—¡Hé perdido tres hijos!

Cuando estalló la guerra civil de España tenía hasta la fecha fijada para su boda con Hilda. Lo dejó todo y partió en el primer barco, con los primeros voluntarios

de América. Ella misma, sobreponiéndose a su pena, lo alentó a la marcha. ¡Qué gran muchacha, Hilda! Todavía le suenan en los oídos sus palabras de entonces:

—Sé que vas a luchar por la libertad del mundo. Si intentara retenerte sería indigna de tí.

Ya en el frente, soldado de la esperanza, sólo fué sangre y brío para el tributo heroico. Hizo toda la campaña bajo el aguijón de un encendido impulso, que lo mantuvo más allá del tiempo, del miedo y del dolor. Después de la traición y la derrota, del éxodo dantesco, del trasiego de un pueblo masacrado y famélico, del horror de los campos de concentración, pudo al fin ser liberado y retornar a su país. Todo ello le había parecido un soplo en la sucesión vertiginosa de los acontecimientos. Recién ahora, asombrado, retoma la noción clara y verdadera del tiempo.

—¡Tres años!

Y vuelve a hincársele en lo más sensible y vivo el pensamiento de lo que pudo ser y ya no será nunca, la acerba constatación de lo irremediable.

—¡He perdido tres hijos!

Mientras tanto, la madre se decide a narrar sus propios sinsabores.

—Ha ido todo de mal en peor, hijo. El invierno pasado tuve que vender el terrenito que tu padre había comprado a plazos en Atahualpa, ¿recuerdas? Me dieron una miseria por él. Pero sí no lo vendo el banco se me quedaba con todo. La hipoteca vencía y yo no tenía recursos para levantarla.

—¿Y cómo viniste a dar a esta pocilga?

—No tuve otro remedio, criatura. Aquí pago seis pesos, y así mismo me veo en terribles aprietos cada mes. Con la carestía de la vida y esta maldita enfermedad de mis ojos, no hay dinero que alcance...

—¡Ah, sí! En seguida me dí cuenta de esa nueva desgracia. Pero no me animaba a preguntarte nada, esperando que tú te desahogaras primero. ¿Cómo ha sido, mamá? Si estabas buena cuando nos separamos...

—Y... qué sé yo. Una cosa del diablo. Al principio fueron jaquecas continuadas, atormentadoras. Y un dolor desesperante en los ojos. Como si me los estuvieran pinchando con agujas. No podía soportar la luz. Después comencé a ver las cosas como a través de una nube cada vez más oscura. A los cinco meses estaba ya completamente ciega. Y llevo otro tanto así.

—Debiste consultar algún especialista, agotar todos los recursos...

—Lo hice, claro está. Pero los oculistas cuestan demasiado. El tratamiento, según ellos, debía ser forzosamente largo y oneroso. Yo no lo podía costear. Recurrí al hospital. Hilda me llevó muchas veces, hasta que al fin le dijeron que no había esperanzas de curación.

—Quiensabe, mamá. Insistiremos, veremos otros médicos. Tú puedes sanar aún si perseveras. Para la voluntad no hay imposibles.

La anciana esboza una sonrisa incrédula.

—¡Pobre hijo mío! Tú no has cambiado nada. Eres el optimista de siempre.

Esas palabras golpean como martillazos el corazón de Diego. Parecele una ironía atroz, un despiadado sarcasmo puesto por el destino en la boca inocente de su madre. ¡El optimista de siempre! ¡Ah, si supiera la pobre vieja que su hijo ya no es más que un pingajo humano; que, segadas por la metralla las fuentes de la vida, ya no podrá perpetuar su carne de hombre, ver repetidos en un hijo sus rasgos y su sangre!...

Tiene ganas de gritar la protesta que le sube desde

las raíces mutiladas del ser. Pero logra contenerse mor-diéndose con furia los apretados labios.

—¿Por qué no me enteraste de tu enfermedad?— indaga después de un breve silencio, ya domado el impulso de inútil rebelión—. En ninguna de las cartas tuyas que me llegaron hacías la más mínima alusión a ella.

—Para no afligirte. Demasiado tendrías tú con el dolor de allá. Hilda me aconsejó además que no lo hiciera. Tampoco ella te lo dió a entender, ¿verdad?

—Tampoco. Sus cartas eran siempre alegres. Me infundían aliento. Leyéndolas olvidaba los aviones, las granadas, el amasijo de sangre y barro donde chapoteábamos. Sentíame como un niño que desbordara vida entre la muerte. Tanto, que a veces los compañeros de trinchera se enfadaban conmigo, porque se me ponía la risa demasiado fácil...

—¡Pobre Hilda! Su preocupación constante era evitarte las noticias que pudieran contristar tu ánimo. Y yo sé sin embargo que, en el fondo, sufría y temía tanto como yo por tu vida.

—Ha sido muy buena contigo, ¿no es cierto?

—¡Oh, sí! ¡Tan buena!... De haberme faltado su apoyo generoso, sus consuelos, el sostén de su ternura y su cariño, quiensabe lo que sería de mí. Sola no hubiera podido acaso resistir esta terrible prueba. Figúrate que hasta materialmente me ha ayudado. Casi todo este invierno he comido de su pan. Y los tres últimos meses, dándose cuenta de que yo ya no podía hacerlo, me ha pagado el alquiler de la pieza. Para ello ha tenido que trabajar horas extras, pues como tú sabes su jornal es exiguo, y con él debe atender las necesidades de su madre y de sus dos hermanitas. Vale mucho esa muchacha,

Diego. Será una compañera digna de tí. Te dará hijos que...

—¡Cállate, mamá! ¡Cállate, te lo suplico!

La interrupción brusca, el tono descompuesto de la voz, las manos que tiemblan y se crispan entre las suyas, sorprenden a la anciana.

—¿Qué te sucede, hijo, por Dios? ¿Te has puesto malo?

Pero otra vez ha conseguido Diego serenarse, triturar entre los dientes el grito de su dolor sublevado.

—Nada. No te alarmes. Es que me ha conmovido tanto lo que acabas de decirme...

Se levanta y va hacia la puerta, abriéndola de par en par, como si tuviera miedo de la penumbra que llena la habitación. Continúa la lluvia. Una lluvia mansa, fina, triste. Tediosa obstinación de hilachas verticales flecando el espacio gris. Y el ejército interminable de las gotas redoblando en el tejado, rompiéndose al chocar con las paredes, como allá se rompían las balas contra los parapetos.

En el charquito rojizo, ahora más crecido, siguen los chicos jugando con el bote de papel. Están empapados ya, chorreando agua, pero no quieren dejar ese entretenimiento. Palmotean y ríen jubilosos cada vez que la frágil embarcación zozobra. Es muy posible que por la noche no tengan qué comer. Y sin embargo juegan todavía, niños a pesar de todo.

La sirena de una fábrica próxima, estirando por sobre la tarde en agonía su desgarrado ulular, anuncia el fin de la jornada diaria.

—Las cinco ya —dice la anciana—. Pronto estará aquí Hilda. Todos los días, al salir del trabajo, viene a verme. Me arregla la cama, me prepara algo de cenar,

y sólo se marcha cuando está segura de que yo ya no necesito nada.

—Pero hoy no hay que esperarla. Está lloviendo, mamá.

—No importa. Sé que vendrá igual. ¡Ah, qué alegría cuando te encuentre aquí!

—Nunca podremos pagarle lo que ha hecho, su bondad, sus cuidados para contigo...

—Se lo pagarás tú queriéndola como merece, Diego. Si lo eres todo para la pobrecita.

Hijo y madre entretienen la espera haciendo proyectos para el porvenir.

—Ahora lo más importante es encontrar trabajo. Apenas lo tenga te sacaré de esta zahurda, mamá. Tú no puedes seguir viviendo aquí. Nos buscaremos una casita con bastante sol y aire. Y después, a curar tus ojos. Yo no he de descansar hasta que no lo hayamos conseguido.

—Quisiera recobrar la vista aunque fuera un minuto, un sólo minuto, para poder mirar de nuevo tu cara y convencerme de que la guerra no ha dejado en ella ningún rastro, ninguna sombra; de que has regresado tal como partiste. Porque te palpo, te oigo, y no me basta. Algo que no sabría explicarte conturba mi corazón. Tengo miedo todavía, Diego.

—Vamos, cálmate, desecha esos temores pueriles. Ni por fuera ni por dentro traigo heridas, créeme...

Los ojos de la madre, muertos para la imagen y la luz exterior, conservan no obstante una apariencia de vida. Giran, como de sanos en las órbitas, se dilatan, se entristecen o endulzan en relación directa con la voz, los gestos, los pensamientos. Diego tiene la impresión de que esos ojos aún pueden leer en su rostro ensombrecido, y no se atreve a enfrentarlos con los suyos. La anciana

continúa buscándole el alma con sus palabras sonderas:

—No en vano se está durante tanto tiempo matando y viendo morir. Si no en el cuerpo, la guerra tiene que dejar en el espíritu su huella de maldición...

—¡Caramba, mamá! Parece que te empeñas en inventar complicaciones. Hace un instante me decías que seguía siendo el optimista de siempre.

—Perdóname; pero te repito que todavía tengo miedo...

Suenan afuera pasos de mujer, menudos, rápidos, firmes. Los pasos de Hilda. Tan seguro de ello está Diego, que corre a abrirle la puerta antes de que llame.

La ve acercarse por el corredor encharcado, juncal y graciosa bajo el vestido humilde, ligeramente echada hacia atrás la cabeza, enhiesto el pecho, armoniosa la curva de las caderas. Sobre la frente lunar, un crespo mechoncillo de renegrado pelo, escapado a la prisión del breve birrete azul. Y en él las gotitas de la lluvia, temblando como pequeñas lentejuelas.

Júntalos un abrazo largo y sin palabras, cuya emoción ahonda la sonrisa con lágrimas de la ciega. Al apretar contra su pecho ese cuerpo lozano, esa carne en plenitud que espera de él la siembra del amor fecundo, la simiente que la colme y la enfrute, Diego siente que recrudece su angustia. Se ve como un labriego sin brazos ante el reclamo de la tierra nueva, fuerte y promisoro...

*
* *

Luego de largas búsquedas y repetidos fracasos, consigue trabajo Diego en una fábrica de muebles. Es un operario hábil, especializado en construcciones finas. Un verdadero maestro en el oficio. Pero tiene que

conformarse con ese puestito de medio oficial carpintero, mal remunerado y sin perspectivas de mejoramiento. Las grandes empresas le han cerrado sus puertas por considerarle un tipo peligroso, tal vez hasta un agitador en ciernes. Ha combatido por la libertad de un pueblo, contra la regresión oscurantista, y el prestigio que ello le da entre las clases humildes puede resultar perjudicial. Hay que tratarle como a enemigo que es...

Merced a duros sacrificios, privándose de todo lo que no le sea estrictamente indispensable para subsistir, logra sin embargo cada mes reunir unos ahorritos. Saca a su madre de aquel zaquizamí lúgubre y enfermizo y la lleva a vivir en las afueras de la ciudad. Una casita pobre, pero clara y alegre. Después, invierte ese difícil ahorro en hacerla ver por los mejores oculistas del país. Ni la más remota esperanza de curación. Los ojos de la anciana están irremisiblemente perdidos.

Empero, ella parece resignada ya. Y a veces hasta feliz. Sin duda porque ha llegado a creer, venciendo sus intuitivos temores, que el hijo lo es también. Con frecuencia le dice:

—Entre la luz y tú no es difícil la elección. Teniéndote a mi lado, bueno y cariñoso como antes, no necesito más nada. ¡Qué gran hijo que eres! Estoy orgullosa de haberte llevado en mis entrañas.

También Hilda le ha repetido muchas veces:

—Mi mayor orgullo será traer al mundo un hijo de tu sangre.

El sabe, no obstante, que Hilda sufre. Lo ha adivinado a través de su empeño en mostrarse contenta y despreocupada. Acaso su agudo instinto de mujer la asoma en carne al drama antes de que éste se le revele en palabras.

La verdad es que Hilda lo encuentra cambiado. Una

transformación sobre la que influye visiblemente su presencia. A su lado, y mucho más si están solos, Diego se vuelve medroso, taciturno. Evita en lo posible hablar de lo que a ambos atañe, de la unión de sus vidas, del futuro en común, de la cristalización de sus sueños amorosos.

Y hasta suele experimentar reacciones de adolescente tímido ante sus caricias. Vergüenza, turbación, azoramientos que nada justifica.

Es muy extraño todo eso. Hilda no lo atribuye a desamor. Está segura de que él la quiere mucho. Pero ese cariño se infantiliza día a día, hasta llegar a parecerle sentimiento de niño desvalido más bien que irradiación de plétora viril.

Por otra parte, la sensibilidad de Diego vibra dolorosamente ante la más pequeña conmoción. La guerra le ha dejado los nervios imposibles. No puede tolerar el zumbido de los aviones, ni la explosión inofensiva de un cohete, ni el toque de las sirenas, ni siquiera la vista de un soldado con fusil. Todo eso le crispa, le exaspera, le saca a los ojos un relumbre de odio, cuando no una expresión de vesanía.

Cierto domingo que fueron juntos al campo, a visitar unos parientes de Hilda, se maravilló de ver los trigales espigados e intactos, las florecillas agrestes, los bueyes de pupila mansa en cuyo lomo se posaban, piando, alegres pajaritos. Le parecía un sueño esa paz simple y dulce sobre la tierra sin fosos, ni alambradas de púa, ni cadáveres truncos. El había visto allá la mies ardiendo; las albercas llenándose de sangre; los campesinos imprecando al cielo, nubado de aviones negros que llovían fuego y muerte; las madres recogiendo de entre los surcos, en vez del grano para su pan, los miem-

bros esparcidos del hijo que la bomba acababa de despedazar...

Por eso le parecía imposible esa paz de tierra buena y cielo diáfano, tan distinta a la de las ciudades, que en cierto modo semejava una guerra; esa paz rubricada de horizonte a horizonte por el vuelo del ave, cantada en el laboreo de la abeja optimista, mecida por el ala inquieta de la mariposa; esa paz de los niños que podían dormirse al aire libre, bajo los árboles endulzados de niños, con la boquita pegada en el pezón materno...

*
* *

La vida se encargó de apresurar el desenlace del drama. El doloroso secreto, que por otra parte ya no cabía en el silencio de Diego, hubo de ser revelado merced a circunstancias fatales e imprevistas.

Un día la anciana cayó enferma, atacada de incurable mal. Un sarcoma de progresión devastadora y rápida. Cosa de muy poco tiempo, según los médicos. Dos o tres meses, a lo sumo.

En vano trató Diego de ocultarle la gravedad de su estado.

—Sé que ésto no tiene arreglo, hijo mío. ¿A qué engañarse con esperanzas inútiles?

Y una noche que estaban Hilda y él a la cabecera del lecho, la enferma manifestó su deseo de verlos unidos antes de morir.

—Es una aspiración que he acariciado durante tanto tiempo... No podría irme tranquila de este mundo sin saberla realizada.

Y aprisionando tiernamente entre las suyas las manos de ambos jóvenes, agregó con un tono de esperanza súplica:

—¿Verdad que no me negarán esa última satisfacción? Sería lo único capaz de endulzarme los contados días de vida que me restan...

Tras un silencio angustioso, habló Diego con voz que a duras penas lograba mantenerse firme:

—No, mamá; no te la negaremos. ¿Cómo podríamos hacerlo, si en ello va también nuestra felicidad?

*
* *

Ya en la pequeña verja, al despedirse, brota la confesión terrible en alud de palabras confusas y atropelladas. Hilda siente que esas palabras se le van incrustando en el corazón, una tras otra, como implacables alfilerazos de fuego.

Cuando Diego termina de hablar, cuando enmudece aquella voz lacerada y amarga por la cual se ha vaciado a borbotones, como en un desangre impetuoso, la revelación atroz, queda una sola frase golpeándole a la muchacha las paredes del cráneo, atenaceando sus tímpanos, retorciendo en su garganta la congoja que la ahoga:

—¡Yo ya no soy un hombre!

Desde los hondones del ser le brota, mojándose en el río salobre de las lágrimas que desborda sus ojos, la noble reacción del cariño generoso, pronto al sacrificio cuya magnitud no se detiene a medir.

—¡Y qué me importa si te quiero lo mismo! ¡Si te quiero por tu bondad, por tu grandeza de alma! ¡Si me siento ligada a tí más allá de mi carne de mujer!

—No, Hilda; no! Yo no tengo derecho a sacrificarte, subvirtiendo las leyes esenciales de la vida para satisfacer un mezquino egoísmo personal. Tú eres joven, sana, fuerte, apta para el amor pleno y fecundo. Enca-

denarte a mí sería cometer un crimen contra la naturaleza, crimen por el que acaso ella misma se encargaría de castigarnos en el porvenir...

—¡Jamás! Para mí no puede haber en el mundo entero otro hombre sino tú!

—Lo crees así porque eres buena y porque me quieres mucho. Pero algún día comprenderás tu error. La vida es más lógica que nosotros. Siempre supera y deja atrás, por inútil, todo aquello que no obedece ya a sus fines inalienables. El tiempo, que trabaja para ella, aunque parezca absurdo, ha de curarte esa herida que supones eterna. Y entonces verás que en el olvido está otra vez la esperanza, que el fin no es sino la razón de otro comienzo...

—¡Cállate, Diego! ¿No te das cuenta del daño que me causan tus palabras?

—Son dolorosas pero necesarias, pobre criatura mía. Cuando te nazca el hijo que anhelabas de mi sangre y que yo no puedo darte, me las agradecerás desde la legítima alegría de tu destino realizado. Y ese será mi único pero total consuelo.

Hilda no encuentra ya palabras para rebatirle y llora silenciosamente, con la cabeza reclinada sobre el pecho de él. Ahora es de nuevo Diego quien domina la situación, con su energía sin violencias y su estoica serenidad. Se siente casi feliz de haber podido hablar, de haber podido descargarse de aquel secreto opresor cuyo peso le abrumaba. Ello ha sido, en cierto modo, como una liberación que no sólo le conforta y alivia, sino que genera en su alma una especie de orgullo noble y dignificante. El orgullo de haberse sobrepuesto al falso pudor, al egoísmo cobarde que le socavaba taimadamente la conciencia, obligándole a callar aquella desgracia como si fuera una abyección, un crimen...

El, que ya no puede producir la vida, ha defendido no obstante sus más sagrados fueros. Y los ha defendido ahogando el clamor de su alma, tan unida a la de aquella mujer como hubiera querido que lo estuviese su carne, ya fatalmente impedida de florecimiento y de perpetuación... De ahí el íntimo orgullo que suaviza y restaña la tremenda herida, y que si no basta para cicatrizarla, sabe que por lo menos habrá de atenuar, con el transcurso del tiempo, sus acerbos punzaduras.

Cuando nota que Hilda se ha calmado un tanto, dícele mientras le enjuga con ternura las últimas lágrimas, que han quedado temblando en sus pestañas:

—Ahora es necesario hacerse de valor en presencia de mamá. Fingiremos casarnos, trataremos en lo posible de darle la sensación de que vivimos felices para endulzar así sus días finales. Después... la vida decidirá.

—Diego, escúchame: de no haber sido por ella tú no habrías vuelto nunca, ¿verdad?

—Nunca. Hubiera sido mejor para tí creerme muerto, y para mí vivir sin mengua en tu recuerdo. Pero no hablemos más de ello, mi buena compañera. Terminaré haciéndote un pedido, que te prometo será el último, y al que por eso mismo ruégote que accedas.

Y añade con voz apenas perceptible:

—Que le pongas mi nombre al primer hijo... como si fuese nuestro...

Hilda se queda mirándole largo rato a los ojos con una expresión indefinible. Luego acerca sus labios a aquella frente serena y en ella estampa un beso por el que parece que quisiera transfundirle su alma. Un beso más puro y dulce que cuantos hasta entonces diérale en la boca, y tras el cual afirma con una voz también nueva:

—Diego, hermano mío: a pesar de todo tú sigues siendo un hombre. Pero un hombre que honra y dignifica su condición de tal.

*
* *

Muerta la anciana, se ven por última vez ante la fosa que guardará sus despojos. Allí, en aquel agujero negro, caen mezcladas sus lágrimas, humedeciendo el féretro modesto y la olorosa tierra que comienza a cubrirlo.

Pocos días más tarde, una semana apenas, se hace realidad en Europa el fantasma de la guerra.

Y Diego parte de nuevo, ya no soldado de la esperanza sino brazo del odio alzado contra los que masacran pueblos, pisotean la vida y matan hasta en el vientre de las madres la semilla del amor.

EVASION

E V A S I O N

Bajo la bruma, la ciudad cobra un sugestivo misterio, una como incorpórea vaguedad de cosa irreal.

A pesar del frío intenso, húmedo y pegadizo, transita mucha gente por las calles céntricas. Eduardo sigue con la mirada el desfile de aquella multitud compacta y heterogénea. Rostros diversos, interminable galería de tipos que en sus desplazamientos febriles escarmanan el algodón inconsútil de la niebla. Todos de prisa, como si fueran al encuentro de la felicidad. Mezclados todos en la cosmopolita balumba callejera. Hombro con hombro el arrabal y el centro. Confundidos el boato y el andrajo. Y las razas más variadas, y las más dispares sangres, circulando en torrentera fraterna por una misma arteria, abierta generosamente a la afluencia de todos los latidos humanos.

Bella apariencia, en verdad. Pero nada más que eso. Una apariencia tan inconsistente como la bruma que la enmarca, y que un sólo aletazo del viento bastaría a disipar. Porque cada uno de esos seres esconde su corazón como una llaga, y es sordo y ciego para la voz sin tiempo y el gesto sin fronteras del amor. Porque entre hombre y hombre, entre isla e isla de solitaria angustia, no ha construído todavía sus puentes la fraternidad.

Mucho tiempo lleva Eduardo contemplando la procesión de caras extrañas, que emergen un instante de la bruma y en ella se hunden de nuevo, como escamoteadas a la realidad. Caras lejanas, a despecho de su palpable cercanía. Todas ellas escrutándose recelosas, adustas, enemigas...

Tiene algo de fantasmagórica esa muchedumbre de cuerpos con el alma tapiada. Aún cuando se percibe nítido el ruido de sus pasos, y se ve salir de sus bocas el aliento tibio —porción de niebla sumándose a la niebla—, semejan esos seres una teoría espectral. No basta andar, ni respirar, para estar verdaderamente vivo. La vida es otra cosa, debe ser otra cosa. Una irradiación comunicante, un cordial y esparcido lamparazo de amor multiplicándose de pecho en pecho hasta la eternidad. Algo así como un estado de niñez permanente, capaz de sustraernos a la angustia del tiempo y de la muerte.

Es indudable que la vida tiene su más cabal y justificativa expresión en el niño, desde que éste la resume en música, claridad y pureza. Certidumbre de su raíz y gracia de su flor, savia noble de su tierra y perfecta lección afirmativa de su cielo es el niño. Prolongarlo hasta el maduro pecho del hombre, para transírle de su luz la oscurecida conciencia y de su candor el turbio corazón: ¡quién sabe si no radicaría ahí la clave de la felicidad!

Tales las reflexiones que Eduardo no acierta a traducir en palabras. El es un imaginativo. Le gusta internarse en los laberintos de la divagación, especular con el juego inasible de los sueños. Cree, con toda su candidez de fantasista, que al mundo pueden arreglarlo fórmulas abstractas, teorías lucubradas al margen de la realidad, sin contacto sensible con la tierra y el hombre. Y por eso las inventa y sustituye a cada instante, sin fatigarse jamás. Es un pobre iluso, un sembrador

en la arena. Ni siquiera para sus pequeños problemas individuales ha logrado encontrar jamás soluciones positivas.

Sin embargo, el sueño es para él una necesidad, la sola forma posible de consolarse de la vida, si vida puede llamarse a esa cosa incierta, vacía y anodina, que arrastra desde hace treinta y cinco años por el mundo. Cuando la revisa, remontando recuerdos, se da cuenta de que nada ha hecho que la justifique. Nada. Como no sea esperar, sin saber de dónde ha de venirle, algo que dé un sentido a su presencia en la tierra, que reavive, al soplo de una fe cierta o de un ideal señero, afirmativo de destinos concretos, esa brasa encenizada e inútil que es su corazón.

Siempre le ha pesado como un lastre terrible el convencimiento de su incapacidad para la acción. Carece de una certeza vital que brujule su esfuerzo y centre en propósito de construcción efectiva sus energías dispersas.

Y sueña para escapar a la íntima tragedia. La bruma facilita esa evasión aliviadora con su vaguedad sutil y ambigua. Como todos los imaginativos, él tiene un alma permeable al encanto enfermizo de su melancolía, propensa a la captación de sus hondas sugerencias.

Siempre ha esperado algo de la bruma. No podría precisar qué. Pero algo colmador, trascendente, capaz de encañar sus inquietudes estériles, de imbuírle de una luz orientadora y perenne el pecho atormentado. Comprende que eso es absurdo, que esa luz sólo podría encontrarla dentro de sí mismo, pero no obstante insiste en aferrarse a semejante esperanza.

Cuando niño, desde el húmedo tugurio donde vivía con sus padres —una pieza de cuarto piso en un infortunado de la calle Zabala—, solía estarse horas enteras

viendo aparecer y desaparecer los barcos entre la niebla, que juntaba cielo y mar en un sólo y enorme manchón plomizo, del que brotaba el quejumbroso llanto de las sirenas.

En un barco como aquéllos habían llegado, un día igualmente brumoso, desde la lejana patria. Sepultados en el vientre de un barco como aquellos. En la promiscuidad oliente a brea y a maderas podridas de la tercera clase. El tenía nueve años entonces. Lo recordaba todo con indeleble claridad. La pequeña aldea natal con sus casitas enjabelgadas, sus techos rojos, sus hortales cultivados con paciencia y amor; el grande y vetusto edificio del Ayuntamiento atalayando la plazuela desierta; la iglesia triste y severa, de ojivas empolvadas, que con su párroco negro y sus campanas verdes de cardenillo hacía pensar en la muerte. Recordaba el dulce aroma que trascendían los lagares, donde se desangraban las uvas de la vendimia; el fresco cinturón de olivos que ceñía el caserío; los alegres alcores jalonados de chopos... Era la primavera cuando partieron. Estaban los almendros llenos de flores cándidas. El cielo cegaba de tan azul. Zumbaban por todas partes los abejorros. Pero el abuelo y la tía, al despedirlos, tenían los ojos arrasados en lágrimas...

Después el viaje, largo y triste, en la entraña hedionda del buque. Y la bruma del arribo, limitándoles la visión de la tierra nueva.

Pero la carga humana de tercera clase lo esperaba todo de América, y sonreía agradecida a la tarde de zinc y al humo negro de las chimeneas, mientras avanzaba por la angosta pasarela para pisar el suelo de promisión.

Eduardo conservaba también en la memoria frases, palabras de esperanza oídas durante la travesía, cuando

los emigrantes se reunían en redor de la grasienta mesa que tatuaban curiosas inscripciones, hechas en todas las lenguas del universo.

Bellos y extraños nombres aborígenes del corazón de América, con sabor a jungla virgen y ríos desconocidos; de regiones que se soñaba paradisíacas; de países y ciudades jóvenes, hacia donde arreaba la vida aquel haz de brazos endurecidos en la fecundación de la perdida tierra. Nombres cuyo exótico misterio hacía pensar en las aventuras de los héroes de Julio Verne, en las andanzas maravillosas de Robinson Crusoe, en el clima de luz y magia de los cuentos de Perrault... Y mezcladas con ellos, viejas palabras angulares, sucias y depreciadas por el resobo de la demagogia politiquera y falaz, que recobraban de pronto en los labios humildes su desvaída pureza original, su transparencia prístina: Justicia, Trabajo, Pan...

Luego, tras el arribo, la realidad corrosiva, desmoronando quimeras y espejismos. También en el mentido Canaán la disputa del mendrugo, el brazo holgante y el sudor improductivo. También en la tierra de la esperanza el hombre subestimado, la cara hostil y el corazón con cerrojo.

Salta su recuerdo por encima de esos veinticinco años de brega desventajosa, de derrotas anónimas, a lo largo de los cuales han quedado sus padres, ceniza dormida bajo el símbolo inútil de la cruz.

El pudo atravesar ese ciclo negro y tempestuoso a golpes de energía ciega, andando a contraviento sin saber hacia dónde, encaramado sobre las propias flaquezas de su carne, que tentaba el declive blando y fácil de las renunciaciones. Más de una vez estuvo a punto de dejarse ir vida abajo, anulados cuerpo y conciencia por el

opio de algún estéril nirvana. Derivar sin esfuerzos, flotando como un cadáver de naufrago en el lomo de las olas, hasta la encalladura final.

Pero se sobrepuso siempre a esos desfallecimientos y siguió andando su amarga senda sin metas, de espaldas a la rampa artera que llamaba su cansancio. ¿Por qué? ¿Para qué? No iba en pos de ninguna ambición material, pues aunque se ganaba el pan haciendo números, carecía en absoluto de sentido práctico. Y no tenía tampoco una fe, ni un amor, ni siquiera un triste vicio a qué aferrarse.

Algo lo sostenía, sin embargo. Acaso esa vaga esperanza de que la misma vida lo colocara un día frente a su verdadero destino.

Y soñaba para no caer, para no volverse a escuchar las voces pérfidas, los fantasmas agazapados en el fondo de los días perdidos.

Una cosa le hubiera gustado alcanzar: renombre, altura. Hubiera querido conocer la otra cara de la vida, la victoriosa, para mirar desde sus ojos el mundo y gritar desde su boca, con prestigio de cima, a fin de que todos pudieran escucharlo, las palabras que él creía sanarían a la humanidad, y que dichas desde abajo se hubieran embotado en sorda indiferencia.

Pero eso no era sino un sueño más. Una bella mentira forjada para atenuar con ella su incapacidad, para engañar su angustia. Pues si no encontraba su expresión en la raíz amarga, en el contacto estremecido y doloroso del hombre, mucho menos habría de encontrarla arriba, donde la vida ha perdido su sencillo lenguaje.

•
• •

¿Cuánto tiempo lleva allí, inmóvil, viendo desfilar entre la bruma caras desconocidas? Dos horas por lo menos. Desde que salió del escritorio donde trabaja, atiborrado de números como todos los días, con un revuelto mar de cifras bailándole en la cabeza.

¡Ah, los malditos números! Lleva más de quince años manejándolos, arrastrando entre ellos la realidad gris de su vida. Montañas de guarismos que lo cercan, que lo obseden sin tregua, que lo aprisionan y ahogan hasta cuando duerme. Cierra los ojos y ve la máquina de sumar, las largas tiras de papel donde se alínean ejércitos de cifras. Números negros. Números rojos. Decenas. Centenas. Miles... Y entre esa avalancha implacable, su juventud gastada prematuramente, sus manos de dedos ganchudos y flacos, su cara amarilla como los papeles viejos de los casilleros. Ningún afecto donde refugiarse. Ni amigos. Ni aventuras. Ni un pecho de mujer donde hundir la frente triste. Sólo la evasión efímera del sueño.

—¡Asco de vida! —murmura.

Y empieza a caminar calle arriba, despacio, hundiéndose las manos en los bolsillos de la gabardina. En el hotelucho donde se hospeda ya no le darán de cenar. Es demasiado tarde. Pero eso no le preocupa, pues no tiene apetito. Lo que tiene es un tremendo desasosiego interior, un porfiado deseo de hacer algo distinto a lo de todos los días, de romper de algún modo con las pequeñas normas y las achatantes costumbres que le mecanizan la existencia.

Lleva consigo lo que le ha sobrado del sueldo de ese mes. Catorce pesos. Bien distribuidos, le alcanzarían para sus gastos corrientes. Tanto para el tranvía, tanto para el diario, tanto para el café de los sábados y el cine de los domingos. ¡Lo de siempre!

Se le torna cada vez más viva y acuciante la idea de escapar, aunque sea por una noche, a esa tediosa y aplanada grisura dentro de la que ya se siente envejecer. Con el dinero que lleva encima podría muy bien procurarse alguna sensación nueva, un respiro cualquiera. O por lo menos aturdimiento, olvido de sí mismo, liberación momentánea de la soledad que lo aplasta.

No importa que durante el resto del mes tenga que pasarse el tiempo libre encerrado en la pieza, comiéndose las uñas o contando las manchas de la pared.

Busca, empero, algo que le defienda de la tentación imperiosa. Entra a un cinematógrafo barato donde las pulgas, el olor a moho, las parejas que se besuquean y las leyendas deletreadas en alta voz, conspiran contra el espectador atento.

Exhiben **Le qual des brumes**. Allí también la atmósfera nebulosa y la criatura humana zozobante y quebrada, debatiéndose en la búsqueda de un sostén positivo, de un amor en cuya lumbre puedan caldearse sangre y alma, de una forma cualquiera de ternura o comprensión con qué nutrir la intimidad desolada, el solitario corazón mendigo. Y también el acecho de la concupiscencia innoble, el cinismo asqueroso, el barro encanallado de bajos apetitos. Y la presencia actuante y fatídica de "las cosas que están detrás de las cosas"...

Eduardo siente que poco a poco lo va ganando ese clima de angustia, cuya gradación progresiva reflejan en el lienzo los personajes. La mujer, con la paradoja viviente de su rostro, donde se tocan el cielo y el infierno, donde a la vez cristalea la inocencia más límpida y afiora su oscura fatalidad el instinto. El hombre, con su abrumado desamparo y el desgajamiento sangrante de sus ansias vitales.

Identificado con aquellos girones de humanidad sin

asidero, que se mueven entre la bruma al cateo de un refugio que los defienda de la soledad, del derrumbe definitivo; transido por la honda fuerza del drama, que ha rebasado el cuadro de la pantalla para enseñorearse de su carne y de su espíritu, Eduardo sale del cine dispuesto a encontrar a toda costa una manera de ahogar su desazón.

Es pasada medianoche. La niebla se ha ido tornando cada vez más densa. Entre su algodonadura gris, todo aparece confuso y empequeñecido. Los árboles de las aceras, desnudos, esqueléticos, tienen un no sé qué de espectrales. La luz de las bombillas eléctricas pretende en vano restituír a los edificios su verdadera presencia, impedir el desdibujamiento de los perfiles, devolver a las fachadas su perdida dimensión. Algún que otro automóvil pasa tajeando apenas la bruma con su faros empañados. Los escasos peatones caminan apresuradamente, cual si quisieran escapar del espeso capuz que los envuelve y disminuye. En las esquinas, grupos de rezagados esperan con impaciencia el tranvía.

*
* *

A las tres de la madrugada, ya totalmente borracho, grita y escandaliza como el que más en un siniestro bodegón del puerto, ancladero nocturno de la soldadesca y la marinería, de ladrones y vagabundos, de rameras y "gigolós" de la peor estofa.

Le rodean varios compañeros fortuitos, todos borrachos también. Dos ex hombres que de caída en caída han ido rodando hasta ese antro mefítico y tres mujeres con la misma historia, las mismas ojeras cárdenas y profundas, el mismo "caló" lascivo, grosero y re-

pugnante. Hez nauseabunda de presidio y burdel. Miserias de la más baja extracción.

Aquellos seres lo tutean como viejos camaradas, lo aclaman cada vez que paga una vuelta de mala grappa, lo abrazan y lo despeinan entre una incesante barauñda de gritos y de risas.

El ya no recuerda ni cómo llegó hasta allí ni de qué modo tomó contacto con tales gentes. Pero se siente feliz de haber encontrado, no importa que entre la hamponería más canalla, quienes compartan su primer borrachera. El alcohol ha vencido paulatinamente su natural timidez, desatándole la lengua en tal forma que ya les ha espetado dos o tres discursos a sus accidentales camaradas, los cuales lo aplauden y estimulan con zumbones ditirambos. Y al fin acaba por narrarles su borrosa historia, el convencimiento de su insignificancia, de su inferioridad frente a los demás hombres.

Ellos se burlan sin ningún disimulo de aquel drama del espíritu. Los suyos han sido siempre distintos. Hambre, sed, frío, enfermedades. Todos males que duelen en el cuerpo, que tienen sus raíces metidas en la carne.

—Esas son macanas, viejo. Berretines tuyos...

—A vos lo que te hacía falta era escabiar a gusto.

—Y coparte una mujer de línea como la Luisa...

—Seguro. Lo demás son pamplinas. ¡Eché otra vuelta, gallego!

Eduardo paga con el último peso que le queda. Luego se incorpora trabajosamente. La cabeza le oscila como un péndulo. Los ojos le rojean como dos pústulas de sangre. Un mechón de pelo lacio, prematuramente encanecido, le cae sobre la frente en forma de grotesco cerquillo.

Con la manga de la gabardina, limpia las hilachas de baba espesa que le cuelgan del mentón.

—¡Camaradas! —grita—. ¡Ustedes no me comprenden!... La vida es una cosa sucia... y triste... porque el hombre... está solo entre los hombres...

Los aplausos y las carcajadas ahogan sus palabras.

—¡Bravo! ¡Otro discurso! ¡Bravo!

—¡Que hable! ¡Que hable!

—¡Que siga contando musas!

Entre todos lo encaraman sobre la silla, que cruje y se balancea de una manera alarmante.

—¡Camaradas!... ¡La vida... tiene que ser otra cosa... cuando la humanidad aprenda...

Hace esfuerzos inauditos por hilvanar sus embrollados pensamientos. Pero no lo consigue. Su cerebro se ha convertido en una nébula donde todas las cosas se confunden. La lengua, estropajosa, se resiste a articular las palabras. El cuerpo trata en vano de mantener su equilibrio. Pega dos o tres manotazos desesperados en el vacío, y acaba finalmente por caer largo a largo sobre el piso de tablas remendadas, lleno de puchos y de escupitajos pegajosos.



Quando despierta está naciendo el día. Ha dormido cerca de dos horas a la intemperie, tirado en la acera de filudas piedras, teniendo por almohada el charco fétido y viscoso de su propio vómito.

Calado hasta los huesos por el frío y la bruma, tititando hasta dar diente con diente como un palúdico, trata de incorporarse apoyándose sobre los codos.

Las primeras tentativas resultan infructuosas, pues todavía persisten los efectos de la terrible beodez. Al fin logra sentarse, recostando la agobiada cabeza contra la

pared. Está molido, exhausto. Siente en las sienes una especie de martilleo insoportable. Le duelen intensamente todos los músculos. Tiene la boca agria y pastosa, los ojos congestionados, la piel sembrada de equimosis y maguilladuras.

Al principio le desconcierta el verse en ese sitio y en semejante estado. No puede explicarse por qué ha dormido en la calle, como los vagabundos y los perros sin dueño, ni cuál es la causa de su quebranto físico.

Poco a poco, sin embargo, el aire de la amanecida va devolviéndole la lucidez. Y entonces lo recuerda todo. El bodegón, los "maquereaux", las prostitutas...

Recuerda cómo después de su caída de la silla lo levantaron y lo sentaron de nuevo; cómo prosiguió, entre el regocijo de sus acompañantes, la libación desenfundada; cómo el barman, furioso, la emprendió a golpes con él cuando se dió cuenta de que ya no tenía dinero para pagar los copetines que se le adeudaban...

Bajo una lluvia de puntapiés y puñetazos lo llevó aquel energúmeno hasta la puerta, y desde allí, con un empujón brutal, lo echó a la calle, entre las risotadas sarcásticas de los ebrios que presenciaban la escena.

Rodó por el empedrado como un fardo. Luego sus compañeros de bacanal lo arrastraron, presurosos, hasta apartarlo del rectángulo de luz que la puerta del cafetín dibujaba sobre la acera solitaria. Ya en el sitio elegido, asegurada su impunidad, lo despojaron en un santiamén de la gabardina, el sombrero, los zapatos, el reloj, y desaparecieron presto entre la niebla.

Quedó tumbado sobre las piedras de agudos cantos, mascullando palabras incoherentes que nadie podía escuchar. Allí lo sorprendieron los vómitos y el sueño. Y ahora ese tiritante despertar de bestia apaleada, y esa vergüenza y ese asco de sí mismo que le trae el retorno

de la conciencia, y de los que piensa que ya nunca se podrá liberar.

Pálpase con cuidado las desolladuras de codos y rodillas, la espalda dolorida, la frente encarozada de cardenales. El aire húmedo y glacial del amanecer escuece como un ácido su cuerpo torpe, maltrecho y despeleado.

Ya recomienza la vida en la ciudad. Ya vuelven los obreros a la lucha diaria, a pagar con muchos sudores y con muchas fatigas su poquito de pan.

A él también lo espera lo de siempre: los detestados números, el horario implacable, la odiosa máquina de calcular...

Se levanta y camina tambaleándose hasta la esquina próxima. Al cruzar la calzada, un ómnibus rebosante de pasajeros se le arroja encima. Gritos. Chirriar de frenos tardíos. Crujir de huesos rotos y de carnes machacadas. Y una ambulancia inútil. Y curiosos que no se sabe de dónde brotan.

Después, sobre el gran charco de sangre que se coagula, la bruma tiñe de rojo su mortaja gris.

EL MUÑEQUITO AMARILLO

EL MUÑEQUITO AMARILLO

Entre los muchos objetos curiosos que trajera de Oriente la señora Hamilton —estatuillas de finísima porcelana, abanicos historiados con motivos budistas, gheisas de laca encarnada (amén de las más raras muestras de la cerámica hindú, de la tapicería persa, de la plástica nipona)—, entre todo eso que colecciona en sus viajes, aunque no lo entienda, una persona distinguida —y la señora Hamilton lo era como la que más—, figuraba un juguetillo vivo, cuya posesión enorgullecía a la dama de marras, al par que hacía las delicias de sus numerosas y prominentes amistades.

El juguetillo en cuestión era un chinito adquirido por el señor Hamilton en pleno centro de Shangai.

Hijo de coolíes míseros y archiproliferados, el chinito costó bien poco dinero a mister Hamilton, que pagó por él mucho menos, desde luego, que por cualquiera de los bibelots ofrecidos a su cara mitad.

Mrs. Hamilton le embutió dentro de un uniforme lacre con vivos blancos —que abrochaba una resplandeciente botonadura dorada— y lo convirtió en su **groom** de lujo, destinado exclusivamente a los días de recibo.

Wang —que así se llamaba el pequeño—, tenía en realidad bien poco que hacer: servir el té en las frágiles tazas, livianas como plumas, y sobre la gran bandeja

repujada —todo venido con él de su lejana tierra—, en el saloncito también a la oriental, para que la impresión de exotismo resultara completa.

Aparte de esa tarea, que era necesario acompañar de rigideces y de zalemas un tanto cursis —la señora, aunque sin pergaminos, presumía de aristócrata a la antigua usanza—, sólo restaba a Wang dejarse admirar pacientemente, como lo hacían las demás figulinas.

Era ésa, sin embargo, la parte más difícil de su cometido. Porque las invitadas de la señora Hamilton lo contemplaban “en entendidas”, hacíanle caminar, hablar, reír, mover los ojos. Después, seguras ya de su autenticidad, llovían las interjecciones admirativas, que la dueña de casa pagaba con una sonrisa impecable.

El muñequito amarillo soportaba estoicamente aquellos exámenes cuya razón no comprendía. Se dejaba traer y llevar por las encopetadas damas, algunas de las cuales —las más vehementes—, llegaban en su entusiasmo hasta besarle, dejándole en la cara, por el resto del día, el perfume de sus pintados labios.

Toda la servidumbre de la señora Hamilton —y era numerosa—, sentía hacia el pequeño Wang una aversión y una envidia mal disimuladas, a causa del privilegio de su situación frente al ama. Y esto era a todas luces injusto, pues el diminuto *groom* no tenía culpa alguna de ese privilegio, que por lo demás no alcanzaba a eximirle de su triste condición de pajarillo enjaulado.

Los otros miembros del servicio —el cocinero, las fámulas, el chofer, el jardinero, el portero— gozaban de una relativa libertad. Cada uno de ellos tenía su día de asueto en la semana, su periódica dosis de independencia. Y a Wang, en cambio, que había sido allá en su ciudad natal un galopín del arroyo, habituado a las largas vagancias sin contralor, estábale vedado tomar

contacto con ese mundo nuevo, que picaba incesantemente su curiosidad infantil.

Desde la habitación de servicio en que le confinaba la señora durante sus paseos, pegada la naricilla a los cristales de la ventana exterior, espiaba Wang la vida callejera, el ir y venir de los vehículos colectivos, el rostro de los peatones, las actitudes de director de orquesta con que el varita dirigía el tráfico, la bulla que armaban en las esquinas los vendedores de diarios.

Escuchaba sin comprender la baraúnda de voces, de pregones, de gritos. Y ardía en deseos cada vez más vivos de incorporarse a esa existencia múltiple y herborosa, de sondearla, de disolver sus nostalgias en la fiebre de aquella batahola cambiante y aturdidora.

Sus ojillos rasgados no perdían detalle de lo que afuera ocurría. Y sus oídos, como antenas ávidas, captaban y registraban uno a uno los mil rumores integrantes de la polifonía callejera.

*
*
*

La idea de la fuga nació una tarde que la señora, por primera vez, llevó consigo en su automóvil —un “Hudson” aceituna, mullido y resplandeciente.

Wang iba sentado entre los dos falderos de su ama —pekineses auténticos—, que le olisqueaban y lamían como si él fuese uno de los postres con que se les regalaba en la casa. No sabía el chinito dónde le conducían. Ni le preocupaba saberlo. Sólo tenía ojos y pensamiento para las novedades del trayecto. Su hermético rostro de bonzo en miniatura, que no dejaba traslucir jamás un sólo destello de la vida interior, se transfiguró de pronto. Acababa de ver, en el cruce de dos arterias

céntricas, a un niño de su raza y de su edad. Los mismos pómulos salientes, los mismos ojos oblicuos, la misma tez amarilla, cadavérica. Y aquel inconfundible sello de vaguedad, de ausencia, de lejana abstracción espiritual. Y aquella tristeza reconcentrada, hierática, que fija las facciones y enmarca el élan psíquico de la raza.

Fué nada más que un relámpago visual. El automóvil, en su rápido desplazamiento, dejó atrás la imagen apenas entrevista. Pero Wang la reconstruyó una, diez, cien veces en sus retinas, hasta que quedó como esteotipada en ellas.

Era un chinito vendedor de helados, que vestía uniforme gris con alamares rojos y empujaba una especie de caja rodante, pintada con los mismos colores. Pero para Wang era mucho, muchísimo más que eso: era un niño de su raza que andaba solo por las calles de la ciudad extraña, que podría ser su compañero, su amigo; una ruta abierta hacia todo lo perdido: juegos, costumbres, idioma, libertad...

Desde ese instante, Wang sólo pensó en escapar de la suntuosa prisión en que languidecía para irse en procura del otro niño. Recorrería la ciudad entera, hasta encontrarle. Y ya no se separarían más. ¡Nunca más!

Hundido totalmente en ese sueño, ni siquiera se preocupaba de las linguales efusividades de los canes, que convencidos al fin de su indiferencia optaron por dejarle en paz.

El automóvil se detuvo frente a una gran casa de modas. Mrs. Hamilton descendió, hizo señas a Wang y a los falderillos para que la siguieran y penetró al comercio. Hechas sus compras —y bien exhibido entre la clientela el exótico juguete, cuyos brazos fué cargando de cajas y envoltorios—, instalóse otra vez en su coche y emprendió el regreso.

Transcurrieron ocho o diez días, durante los cuales Wang no hizo otra cosa que fraguar escapatorias. Pero uno tras otro sus planes fueron desechados por irrealizables. Era en verdad difícil salir de aquella casa sin ser visto. Cuando no estaba cerrada la puerta principal, lo estaba la de la alta verja que daba acceso a la calle y cuya parte superior, erizada de agudas lanzas, hacía inútil cualquier intentona de escalamiento. Y las raras veces que encontraba expedito ese camino, surgían los ojos de dogo del portero, o la mirada rencorosa de la limpiadora que pulfa los bronces, o la cara de remolacha del italiano que regaba el jardín, y el intento de evasión se frustraba irremediamente.

Hasta que una espléndida mañana de sol, la señora dispuso que Wang fuera a oxigenarle los perros en el parque vecino.

El niño apenas pudo disimular su alegría. Empuñó la cadenilla cromada que sujetaba los fastidiosos canes, escuchó con la cabeza baja y el corazón a saltos las recomendaciones del ama, y luego se echó fuera, ágil, resuelto, orgulloso de sí mismo. ¡Como que iba caminando hacia la libertad!

•
•

Anduvo horas y horas al azar por las calles de la urbe, insensible a la fatiga y al hambre, buscando, entre la multitud de rostros, aquella enjuta mascarilla de cera donde reencontraría su tierra, su expresión, su clima étnico.

Recién a la caída de la tarde comenzó a inquietarse. Las caras se sucedían a su alrededor, en un desfile variado e interminable. Pero la mascarilla de cera no

aparecía en sitio alguno. Tuvo miedo de la noche que llegaba, desgarrada por el centelleo intermitente de los luminosos. Se sintió más pequeño y desamparado que nunca entre aquella muchedumbre extraña, cuyo vaivén febril y apresurado le arrastraba ya en una, ya en otra dirección, jugando con él como la ola con el grano de arena.

Se refugió en el atrio de una iglesia. Agazapado contra el zócalo de gruesa y alta columnata, cuyo mármol lustroso, terso y frío, copiaba cual si fuera un espejo su magra figurilla, veía pasar el río humano, que por momentos desbordaba la acera; y que después, poco a poco, fué amenguando su caudal hasta quedar reducido a algún que otro cuerpo sin prisa, de esos que afirman la paradoja de andar por no tener dónde ir.

De pronto lanzó Wang un grito de júbilo y echó a correr, con los brazos extendidos, hacia un hombrecillo en el que también acababa de reconocer su piel, su tierra. Era un chino bastante viejo ya, de caídos y lacios bigotes color ceniza, de ojuelos sumidos y parpadeantes, de cara y manos rugosas, secas, apergaminadas. En el primer momento, sorprendióle la presencia de aquel niño que le tendía los brazos y le hablaba en su lengua. Pero recobrándose en seguida, escudriñóle de arriba abajo, minuciosamente. Luego abrió un diario que llevaba en la mano, buscó algo en él, volvió a observar al niño, y sonriendo le preguntó su nombre. Apenas Wang se lo dijo, asíóle con presteza de un brazo, cual si temiera que el pequeño fuese a huir, y llamó un taxi.

Wang no cabía en sí de gozo. Pensaba que aquel hombre lo llevaría a su casa, donde habría niños chinos con quienes corretear por las calles, con quienes narrarse los viejos cuentos y jugar a los viejos juegos perdidos... Y en un arrebató de gratitud incontenible, le

echó los bracitos al cuello y le besó con efusión el rostro flácido, como habríalo hecho con el del padre que lo vendió a un extraño, en pleno centro de Shangai.

•
•

Cuando el taxi se detuvo frente a la residencia de los Hamilton, Wang creyó que soñaba. Pero la realidad encargóse bien pronto de demostrarle su error.

El chino de los bigotes caídos le entregó personalmente a la señora, y luego que hubo recibido de manos de ésta la recompensa, se marchó sin mirarle. Y los falderillos que por la mañana él abandonara en el parque, y que merced a la promesa de gratificación fueran también rescatados, pusieron a ladrar furiosamente apenas le divisaron, como reprochándole su deslealtad a la común propietaria.

Wang soñó toda la noche con viejos chinos de sonrisa equívoca, que robaban niños pobres para ir a cambiarlos por monedas en las mansiones de las damas blancas.



UN DESOCUPADO

U N D E S O C U P A D O

Cuando Sergio llega al bar, están sonando las doce en el viejo reloj exagonal de la pared del fondo.

Se sienta ante la mesita habitual, junto a la ventana, restregándose con fuerza las manos entumecidas.

—¡Mozo! ¡Una cocoa de a medio, bien caliente!

Saborea con fruición aquel brebaje chirle, aguado, de color indefinible, cuyo tufo penetrante le cosquillea en las narices. El calor del líquido, que no la sustancia, entona un tanto su estómago vacío. Luego enciende un cigarrillo —el último— y pónese a chuparlo con delección, aspirando hondo cada bocanada de humo.

Echa una ojeada displicente en torno. Los parroquianos de siempre. Changadores del puerto, carboneros negros de hollín, vendedores ambulantes, gentes sin oficio o sin ocupación. Y en el fondo, como única novedad, un grupo de marineros noruegos, ya borrachos, que cantan melancólicas canciones en su lengua incomprensible.

En una de las paredes laterales repite el cuadro un lamentable espejo, con su luna rectangular densa de polvo y moscas. En ella ve reflejarse Sergio su cara terrosa, su pobre bufanda gris, su gorra de visera hendida. Nada envidiable catadura, por cierto. ¡Y pensar que esa misma tarde anduvo piropeando una muchacha

pulcra y acicaladita, y hasta se enojó porque la chica lo trató de sucio!

Vuelve con rabia la cara hacia el mostrador, tras el cual el patrón repasa copas baratas. El bar huele a borracho, a creolina y a serrín fresco. Y está cerrado de humo, por añadidura. No obstante, se decide a quedarse otro rato. Hay allí una agradable tibieza y además lo distrae el canturreo de los marineros.

Limpia con la manga del saco los vidrios empañados y observa la calle desierta, en cuyo adoquinado desparejo arremolina el viento cáscaras de maní, papeles y hojas secas. Bajo el pico de luz de la esquina se recorta la figura de un hombre alto, ligeramente encorvado. Tiene las manos en los bolsillos y el cuello del saco subido hasta las orejas. Mira a uno y otro lado como si buscara algo. Luego se recuesta a la pared gris y descascarada de un vetusto edificio, sobre cuya puerta resalta una inscripción en grandes letras rojas: "Cantina Gençeros". Y un poco más abajo, con caracteres menores: "Especialidad en pastas".

A cada instante alza el tipo desgachado sus ojos hacia el letrero de marras. Hesita. Va hasta la puerta. Lleva la mano al picaporte oxidado. Luego la hunde de nuevo en el bolsillo y torna a su sitio de junto a la pared.

Se le acerca una mujer con trazas de buscona, arrebuja en anacrónico abrigo. Lo toma del brazo y, aunque están solos, le dice algunas palabras al oído. Pero el hombre ni siquiera la mira. Entonces ella hace un mohín despectivo y se aleja a paso rápido, taconeando con fuerza, imprimiendo a sus caderas un balanceo tunante y descarado.

Sergio no aparta los ojos del hombre de la pared. Le intriga su actitud fluctuante, el no sé qué de miste-

rioso y dramático que rezuma su figura encorvada. Trata de distraer su atención en otra cosa pero no lo consigue. Piensa en sí mismo, en su propia vida dura y azarosa, en sus andanzas de desocupado a las que por fin ha encontrado solución, siquiera sea momentánea.

Desde el lunes empezará a trabajar. La huelga de la construcción ha empujado a las empresas a valerse del hambre, que siempre proporciona krumiros. Y entre otros infelices acudió él a ficharse. Con mucha vergüenza, es cierto, porque aquello le parecía mezquino y ruin. Pero es que estaba quebrado por la miseria. Tres meses largos sin trabajo; días enteros sin nada que llevarse a la boca; y para colmo la perspectiva del desalojo, que ya le anunciara el encargado del inquilinato. Una vida imposible. Algo que ya no se podía soportar, aunque se tuviera solamente veinticinco años.

Ahora el hombre de la pared ha echado a andar de prisa y ha doblado hacia el sur, rumbo a la Rambla. Sin saber a ciencia cierta qué es lo que lo impele a seguirle, Sergio sale del bar y camina tras él, a prudencial distancia, atenuando en lo posible el chasquear de sus alpargatas sobre la acera solitaria.

Hace un frío polar, que se mete hasta los huesos. En las bocacalles, el viento y las hojas secas giran en una danza absurda, llena de cuchicheos. Próxima y encrespada suena la voz del mar, azotando las rocas de la costa.

El hombre llega a la Rambla, se detiene unos segundos, irresoluto, y luego vira a la derecha, dirigiéndose a la escollera. Allí el agua arrecia la furia tremenda de sus golpes. Una tras otra se rompen las altas olas contra aquella cuña granítica, salpicándola de espuma salitrosa. Dentro de sus refugios de piedras y latas viejas, algunos bichicomes tienen encendidos sus

pequeños fuegos y se calientan las manos al amor de la lumbre. Otros se defienden de la noche con la llama amarillenta y trémula de una vela. Y hay también los que no cuentan con más luz que la que da la brasa de algún pucho recogido en la calle.

El hombre desgalichado se adentra en la escollera con súbita decisión, como si lo llamara la canción potente y bárbara del mar. Es una inútil temeridad la suya. Sergio no acierta a explicarse qué motivo lo induce a aventurarse allí, con inminente riesgo de la vida. ¿Será algún loco, acaso?

¡Allá él! Que se las arregle como pueda si algún golpe de mar le llega a echar el guante.

Volviendo sobre sus pasos, dispónese Sergio a regresar. Ha sido una verdadera tontería salir a coger frío por seguir aquel tipo extravagante. ¡Y con lo bien que se estaba allá, en el bar! ¿Por qué le habrá picado aquella curiosidad pueril y estúpida?

Delante de su ojos se extiende la ciudad indiferente, dura como el hormigón de sus avenidas y el mármol de sus palacios. La calle Sarandí, estrecha y rectilínea, enrumba decidida hacia su corazón. Está vacía, ahora. Sólo el viento transita por ella, con su porfiado silbo de vagabundo. Las letras azules de un luminoso cercano encienden y apagan esta palabra: **Dancing**. Y allá a lo lejos, el Salvo atisba todavía la noche con cuatro o cinco de sus pupilas de Argos.

Parado en el comienzo mismo de la calle se ha quedado Sergio. Una pujante ráfaga le hincha la camisa como si fuera una vela. El mar continúa llamándolo con su bronca y desgarrada canción, tras la que partiera un momento antes el hombre desgalichado. Por entre las piedras superpuestas de sus refugios, siguen parpadeando las lucecitas macilentas de los **bichicomes**.

Antes de alejarse definitivamente, Sergio echa un vistazo a la escollera. ¿Dónde se habrá metido aquel sujeto excéntrico? Ya no se le ve por parte alguna. Lo ha sorbido totalmente la noche.

Allá en la otra punta del largo brazo de piedra, gira el pequeño faro en una rueda de sombra y luz rojiza. Más allá todavía, zarandeadas sin tregua por la cólera del mar, se balancean las boyas luminosas que jalonan la ruta de los navíos. En la cúspide del Cerro, destella la antigua pupila de la Fortaleza. Y a su derecha tiemblan las luces del caserío dormido, como un fantástico racimo de luciérnagas que estuviera jugando a las constelaciones.

Sergio emprende por fin, el regreso. Camina a paso acelerado, con las manos en los bolsillos sin forro del pringoso saco.

Llega hasta sus oídos la música de un tango, procedente del cabaret de las letras azules. Y en seguida la voz del **chansonnier**, gangosa y afectada, estirando las palabras del estribillo:

“Rechíflao en mi tristeza te evoco y veo que has sido”...

Pónese a canturrear él también, olvidado ya totalmente del hombre de la escollera, del frío que le lastima el rostro, de las covachas cavernarias de los **bichicomes**:

“En mi pobre vida paría sólo una buena mujer”...

¿Qué importa que no le quede un mísero centésimo, ni un cigarrillo siquiera? Un único pensamiento llena ahora hasta el desborde su vida, lo nutre, lo calienta, lo penetra de una eufórica fuerza esperanzada:

—El lunes empezaré a trabajar.

*
* *

Las nueve de la mañana. Un anémico sol de invierno soslayando las paredes con su indecisa claridad amarilla. El tedio del domingo cernido sobre la ciudad. Chimeneas sin humo. Máquinas inactivas. Tranvías y ómnibus con escaso pasaje. Y algún vendedor de diarios rezagado, voceando de trecho en trecho los matutinos.

En los pizarrones, los últimos telegramas del exterior afirman la esperanza del mundo. "Es inminente la caída de Riga en poder de las fuerzas soviéticas". "Prosigue con éxito el avance aliado en territorio del Reich". "El Ejército del Mariscal Tito se apresta para iniciar una ofensiva en gran escala contra Belgrado"...

Sergio ha salido a caminar sin rumbo fijo. Se detiene en la esquina de 18 de Julio y Yi. Un receptor de radio vomita el matraqueo dislocado y estúpido de un fox-trot. Después, entre un aviso de crema para el cutis y otro de hormiguicida, propala el locutor noticias policiales.

"Ayer, en Paso del Molino, fué hallada muerta Antonia Villagrán, anciana octogenaria. Según el informe médico, su deceso se produjo por desnutrición. La anciana vivía sola y en la más completa miseria".

"En jurisdicción de la Seccional 14.ª fué aprehendido un menor de nueve años, en momentos en que pretendía hurtar unas salchichas".

"Anoche se suicidó, arrojándose al mar, un obrero huelguista de la construcción, de nombre Francisco Pérez. El extinto era uruguayo, viudo, de 30 años de edad. Su cuerpo apareció terriblemente destrozado entre las rocas próximas a la escollera. En sus ropas se encontró un papel donde declaraba que había adoptado tan extrema resolución impelido por el hambre"...

Sergio sale de allí desatinado, tropezando con cuanto transeunte se le cruza al paso. Va con la cabeza baja,

sin atreverse a mirar a nadie, como si temiera ver en cada rostro extraño un reproche, una expresión de asco o de desprecio por su cobardía.

La figura del hombre desgalichado se le corporiza en la imaginación chorreando masa encefálica, sangre y agua. De su boca, de sus ojos, de sus puños, de toda su carne rota y llena de espuma, brota tenaz e hiriente una palabra:

—¡Carnero!

*
* *

A la mañana siguiente, lo esperaron en vano los empresarios.

EL PRESTAMISTA

EL PRESTAMISTA

A la hora de costumbre el viejo Pietro cierra su negocio, recoge el dinero del mugriento cajón, y sentado ante la mesa patifloja que le sirve de escritorio lo cuenta y recuenta infinidad de veces, con una fruición morosa y enfermiza.

La avidez cruza de resplandores malignos sus ojillos grises, miopes, sobre los cuales penden como trapos arrugados los blanduzcos párpados, que amenazan desflecarse en hilachas sanguinolentas. Sus ganchudas manos se mueven como arañas entre los billetes y monedas, que va clasificando y agrupando por orden de valor, con escrupulosa minuciosidad.

Concluído el recuento, se repantiga en el alto sillón matusalénico, restregándose con satisfacción las manos. Y puesta la mirada en el cielorraso, empieza a calcular las ganancias.

Ha sido un día verdaderamente bueno. Los empeños, copiosos y promisoros. Las ventas, productivas en sumo grado. Entre otras muchas de menor entidad, destácanse varias transacciones extraordinarias: una máquina de escribir, una bicicleta y un receptor de radio, sobre todo, que le han dejado alrededor del 200 % de utilidad neta.

Lo que se dice un día bueno. Resuelto a festejarlo a su modo, hunde el pulgar y el índice en uno de los bolsillos del chaleco y extrae un puñadito de tabaco de pésima calidad, negro y hediondo, que se lleva a la boca y comienza a masticar con ostensible placer.

Ese es su único vicio. Adquirióle de joven, cuando machacaba lingotes de hierro al rojo blanco sobre la bigornia, allá en su lejana aldea meridional.

Y es también lo único que de allá conserva. Todo lo demás, familia, costumbres, tradiciones, recuerdos, ha muerto para él hace muchísimos años. Lo echó al mar por la borda cuando hizo la travesía del Atlántico, ya con la fiebre de la codicia resecaándole el alma. Y ni siquiera se acuerda de aquel cielo profundo e impoluto, bajo cuyo domo azul correteara su niñez traviesa, entre frutales y cabras; ni del buen olor bucólico de aquellas tierras labrantías, esponjadas y abiertas, sobre las cuales un ancho sol generoso maduraba por igual las uvas y las mejillas de las vendimiadoras; ni de los muslos de trigo de Rosina, aquella recia muchacha que era como la presencia misma de la salud, y que cierta tarde sensual y dorada, llena de olor a mosto, hiciérale gustar el primer beso de amor...

Porque para su seca mentalidad de prestamista sólo una cosa digna de interés hay en el mundo: el dinero. Desde la insobornable aridez de su sentido práctico, él juzga que la única felicidad posible reside en el color y el tintineo del oro.

Cuarenta y cinco años de América lleva ya el viejo Pietro. Y a lo largo de ellos ha ido levantando, níquel sobre níquel y privación tras privación, una maciza fortuna. Empero, sigue hundido en la sordidez del comienzo, gastando la estrictamente indispensable para subsistir. Sus sumarísimas comidas se reducen a algunas

cebollas crudas, dos o tres lonchas de pescado frito y una magra rebanada de pan. Los domingos, como único aditamento, media copa de vino aguado. Y en cuanto a sus ropas, no son sino un sucio montón de harapos rezurcidos.

Avaro hasta de su corazón y sus instintos, nunca han pasado por su mezquina vida amigos ni mujeres, ni se le ha visto jamás en sitios de recreo. Su mundo entero está ahí, detrás del mostrador carcomido, entre ese heterogéneo fárrago de objetos de todas las edades, de todas las procedencias, en el que se destiñe el recuerdo de quiensabe cuántos dramas anónimos.

En ese apostadero sombrío, inmóvil y al acecho de la presa —tal una araña pérfida en su red—, vive hace ya casi medio siglo el viejo prestamista.

*
* *

Sin dejar de masticar su tabaco cuenta de nuevo el dinero. Y luego de anotar la cifra en un grueso libranco de fojas amarillentas, con huellas de dedos sucios en los bordes y deyecciones de moscas en las peladas tapas, va a depositarlo en la caja de hierro, cuya vetusta mole se levanta en un ángulo del local.

En ese preciso instante sus oídos, que a pesar de los años mantiene finos y sensibles el constante recelo, perciben un rumor como de pisadas furtivas que se aproximan. Gira rápidamente sobre sus talones, pero ya es demasiado tarde. Un violento golpe en el cráneo lo hace trastabillar. Otro lo derriba de bruces sobre el piso, cuyas podridas tablas parecen quejarse del peso de su cuerpo.

Ni siquiera ha tenido tiempo de pedir auxilio. La

sangre que le mana de la herida se mezcla con la saliva marrón, copiosa y fétida, que le chorrea por las comisuras de la boca entreabierta.

Seguro entonces de su impunidad, el ladrón se pone a vaciar la caja fuerte, extrayendo de ella hasta el último centésimo.

*
* *

Cuando el viejo recupera el sentido su primer pensamiento es para el dinero. Sus ojos giran hacia uno y otro lado, buscando desesperadamente la caja de hierro. Pero todo lo que ve es extraño, desconocido. La enorme sala del hospital se le aparece como visión de pesadilla. Y con voz desgarrada pónese a suplicar que lo vuelvan a su negocio. Fuera de él se siente blando, indefenso, como un caracol desprendido de su caparazón. Y piensa que si ha de morir que sea allá, entre la sordidez de los trastos familiares, atento al merodeo nocturno de los gatos sobre la azotea, oyendo el chillido de las moscas atrapadas por las telarañas, aspirando el tufo de las paredes húmedas, de los arcaicos baúles donde el moho yergue sus honguillos grises, de las tablas entre cuyos agujeros tétricos anidan y proliferan las rapaces lauchas...

Si ha de morir que sea en el zaquizamí atiborrado de antiguallas, tras el sucio mostrador lleno de guarismos, junto al polvoriento rimero de las boletas de empeño. Allá donde duermen cuarenta y cinco años de su vida gastados en soledad, lejos de todo afecto, al margen de toda vibración solidaria, de todo ideal compartido, de toda presencia humana...

Tanto grita y patalea, echando al aire sábanas y

cobertores, que la enfermera opta por llamar al médico de guardia. Este observa al herido por encima de sus gafas, lo ausculta de prisa y prescribe una inyección de morfina.

Los efectos de la droga sumérgenlo de nuevo en el sueño. Pero ahora es un sueño dulce y plácido, durante el cual rescata sin tropiezos su dinero y su zahurda. Se ve otra vez clasificando monedas y billetes de banco, masticando su tabaco pestífero, oliendo con deleite el aire familiar de la cueva, mientras afuera, en la calle, desfilan el trabajo y el hambre, la risa y el dolor, la pena y la esperanza. Allí, tan cerca, y sin embargo tan lejos de su corazón indiferente.

*
* *

Una complicación imprevista lo pone al borde de la muerte. Tres días de fiebre altísima resecan sus mejillas, ahondan sus ojos grises y enrojecen sus párpados de trapo. El sudor le abre pacientes rutas a lo largo de la percutida piel. Sus ganchudas manos se agitan cual si quisieran ahuyentar los fantasmas del delirio. Y de todo su cuerpo brota un intolerable tufo a cueva, a bestia enferma.

Una mañana despierta lúcido. La mampara que por la noche pusieran entre el suyo y los restantes lechos le anuncia brutalmente, sin eufemismos, que está cercano el fin. Y desde zonas recónditas e ignoradas de su ser le asciende el furioso anhelo de estrechar una mano, de tener junto a sí un rostro solícito, unos ojos que lo vean partir, una ternura que lo anime y sostenga en el trance definitivo.

Por primera vez piensa en lo absurdo de su exis-

tencia. Remotas y olvidadas visiones se le alzan de pronto en la memoria, desalojando las cifras que la pueblan. Y se ve, pequeño y ágil, corriendo por sobre el verdor de la heredad natal. Un tibio sol bonachón dora las pestañas de los bueyes y espejea en las grandes pupilas de húmedo cristal. Las manos de su padre, anchas y pacientes, ofician el rito augusto de la siembra. Su madre, con los fuertes brazos desnudos hasta el codo, lo llama para ofrecerle la taza de café humeante y las gordas rebanadas del negro pan de centeno...

Ahora es un invierno ensabanado de nieve. Toda la familia se aprieta en torno al lar, donde los resinosos leños crepitan alegremente. Colgada de las vigas antiguas ahúmase la cecina de rojizas hebras. Llega desde lejos el balar aterido de algún cabrito. Y una manada de hambrientos lobos aúlla a intervalos en la montaña próxima.

Después una herrería. Don Pascual, el dueño, le enseña a manejar el marrón y las tenazas. La dura canción del hierro acuna y sepulta los días, azules de gas de hulla. Soplan asmáticos fuelles. La fragua mete hasta los pulmones su aliento abrasador. De las peludas axilas de los hombres brotan salados ríos, que serpentean por entre el tizne de la piel. Las manos narran su áspera historia en un mudo lenguaje de callos y de quemaduras...

Y otra vez, en la ansiada compensación de los domingos, la granja, el cielo abierto. Y entre todas esas tardes de evasión, una tarde. Y entre todas esas imágenes resurrectas, una imagen. La tarde es dorada y huele a mosto. La imagen irradia una salud desafiante. ¡Rosina! Bajo la mirada cómplice de un sol lascivo, que vuelve de bañarse en la sangre de los lagares ahítos, sienten aquellos labios carnosos y sensuales fundirse con los

suyos, encendiéndole el cuerpo de secretos y misteriosos relámpagos...

¡Rosina! Entre aquel beso y esta cama de hospital, una larga cadena de años sin amor, fríos y áridos; toda una vida roída por la fiebre innoble, por el diente mezcquino de la avaricia.

El viejo siente un miedo terrible de morir solo. A su alma sucia no la conforman las plegarias que acaba de reconstruir, ni él mismo sabe cómo. Necesita que un ser humano, cualquiera, el más miserable, el más vil, le acerque la fraternidad hecha sonrisa, lágrima o palabra. Necesita que una criatura de carne y hueso lo vea morir.

Pero nadie acude. Y su garganta ya no logra tampoco emitir ningún sonido.

Por el alto ventanal que da a la calle, a la vida, se ha escapado riendo la imagen de Rosina.

Y los párpados de trapo se cierran sin testigos, en la más tremenda de las soledades.

BAJO LA LLUVIA

BAJO LA LLUVIA

Del añoso reloj de la catedral vuelan hacia el cielo, bajo y gris, cinco campanadas melancólicas.

Como si aguardara solamente ese aviso, la lluvia empieza a caer sobre la ciudad. Al principio fina, tímida, sonando apenas su musiquilla borrosa contra los tejados. Luego en chubascos de apretada firmeza, cuyo repiqueteo monótono hace pensar al "Ojo Blanco" en una cama tibia donde pudiera estarse quietecito, tapado hasta la cabeza con gruesos y felpudos cobertores, durmiendo o fantaseando a sus anchas.

Así debe ser buena la lluvia. Pero en la calle, mal cubiertas las carnes por unos desflecados harapos, entre los que se cuele el frío sin ningún tropiezo, resulta verdaderamente fastidiosa. Lo que se dice una calamidad. Y no sólo para el cuerpo, sino también para el negocio. Porque las gentes comienzan a andar ahora a la carrera o poco menos, aferradas al paraguas, como a un salvavidas, o embutidas desde los tobillos hasta el mentón en los gomosos y barullentos impermeables. Y nadie, absolutamente nadie se digna mirarle siquiera cuando él alza su vocecilla ronca entre el aguacero:

—¡La grande! ¡Mañana juega!

Como la lluvia arrecia más y más, opta por meterse en un café, casi desierto a esa hora.

Media docena de parroquianos. Acodados a una de las mesas del frente, dos viejos verdes teñidos y peripuestos, de afectados modales, en reciprocidad de confianzas lúbricas, desnudando mujeres con el recuerdo y encenizando con los cigarrillos las tazas del "express". En el otro ángulo, un tipo de edad y raza indefinibles, que habla solo y traza cifras con un lápiz en un pequeño memorándum de tapas arrugadas (tal vez un financista frustrado, o un catedrático del turf, o un corredor de quinielas). Próximo al mostrador —sin duda para que las copas le lleguen más pronto—, un borracho de los del tipo nostálgico, con los ojos del mismo color turbio que la caña con genciana que, entre mueca y mueca, va sorbiendo a tragos largos, casi sin paladearla, cual si cumpliera de ese modo una obligación penosa. Cerca de él, desmelenado y febril, una especie de poeta finisecular lucubrando "in menti", de fijo, algún soneto a la lluvia. Y más al fondo —¡ah, los contrastes!— un señor rozagante, mofletudo, de esos que parecen nacidos para masticar, haciendo los honores a un "capuchino" doble, con doble ración también de mermelada, pan y manteca, y algún que otro "croissant" inclusive.

El grito del "Ojo Blanco" cae allí sorpresivo, tiritante, ingrato. Es como si con él penetraran al salón las inclemencias de fuera, la lluvia, el frío, la tristeza toda de ese crepúsculo invernal que agoniza ya, acribillado de gotas, de luces y de paraguas. Y sin embargo el pregonero ofrece la fortuna, clave aún de la vida, solución todavía de los problemas humanos.

Los dos sátiros de cuello "Palomita" le miran con ojos relampagueantes. El sujeto indefinible quiebra la punta del lápiz al exteriorizar su desagrado. El bardo

mascullo una palabra desconocida por las musas. Y el tragón se apresura a engullir, casi entero, el último "croissant", como temeroso de que los ojos del chico, fijos en él, se lo vayan a volatilizar.

Sólo el borracho permanece inmutable. Para él el mundo entero se ha achicado hasta caber en el vaso de caña con genciana, hasta morir ahogado allí... Pero cuando el "Ojo Blanco" va saliendo ya, corrido a servilletazos por uno de los mozos, al que hiciera una morisqueta, los ojos inexpresivos del ebrio alcanzan a distinguirlo. Y una briznita de mundo se le escapa del vaso para revivir en su cabeza llena de vapores. El ha tenido un niño como aquél alguna vez, en algún rincón de este mísero planeta. Y la ternura —o la caña— abre el grifo de las lágrimas, que comienzan a lloverle su sal por las mejillas chupadas y por la nariz de ají maduro.

En la calle otra vez, el "Ojo Blanco" echa a correr, rozando las paredes. Pero se moja igual, porque la intensidad del aguacero hace vana la defensa de pretilos y de cornisas.

Ahora su mayor preocupación son los décimos de lotería. Si llega a estropeárselos la lluvia está listo. Lo molerá a golpes su padre postizo cuando regrese al conventillo.

Los enrolla cuidadosamente y los mete bajo la camisa, contra la axila, apretándolos con el brazo. Y, más por costumbre que por otra cosa, continúa gritando:

—¡Vendo los sesenta mil! ¡Mañana juega!

Corriendo siempre, pónese a pensar en el "croissant" del hombre mofletudo. ¡Qué delicioso debía estar! Sólo de verlo habíasele hecho agua la boca. Bueno: le hubiera ocurrido lo mismo viendo cualquier otra cosa de comer, ¡qué embromar! Porque lo que es hambre no le falta nunca. Por el contrario, ha sido la única

cosa que ha tenido siempre en abundancia. Sobre todo los últimos diez meses, que es el tiempo que lleva vivido en la pieza del inquilinato su padraastro nuevo, el tercero de la serie y el peor de todos, sin duda. Un verdadero déspota, que no le escatima gritos a su madre ni patada a él.

El "Ojo Blanco" lo odia profundamente. Muchas veces, entre las lágrimas y el escozor de los golpes recibidos, ha pensado: "¡Cuando yo sea grande lo mataré sin lástima!".

Le da rabia que su madre lo soporte y trabaje para mantenerlo. Porque el sujeto es un vividor sin escrúpulos, que no hace sino comer, dormir, gastarles bromas obscenas a las muchachas del barrio y hablar de la guerra europea con el gallego del almacén.

Desde el primer día delegó en él sus tareas de lotero, pretextando que estaba muy afónico y que necesitaba tomarse un descansito. Y allá está, descansando todavía, y viviendo de lo que aportan ellos al hogar.

—¡También yo no sé... esta vieja!... ¡No puede estar sin marido!

Soslaya el asunto, porque tiene miedo de llegar a conclusiones que lo mortificarían. El conoce ya bastante la vida. Y aunque se diga a sí mismo que no sabe, que no se explica ciertas cosas, sólo busca con ello esquivarlas, evitar el análisis. Esa es la verdad. Para sus diez años de muchacho pobre, repartidos entre la habitación promiscua del conventillo, el contacto de la golfería deslenguada y el atisbo de los baldíos —desde los cuales la noche sorbe las parejas furtivas y trabaja clandestinamente para los asilos—, los misterios del sexo ya no existen. Tiene una precoz y amarga consciencia del amor físico, de su fatalidad, de su tristeza, de su profunda raíz indomeñable. Pero hubiera querido,

como todos los niños, que su madre fuera distinta a las demás mujeres.

Una riña callejera lo distrae. A pesar de la lluvia, que no amengua un sólo instante, dos taximetristas se desafían por rivalidades del oficio, bajan de sus respectivos coches y se rompen mutuamente las narices en un santiamén. Acuden de todas partes gentes que estiman más la curiosidad que la ropa. Unos azuzan a los peleadores. Otros procuran interceder. Hasta que el trepidar de una moto policial dispersa el grupo. Y como fugaces huellas del pugilato, quedan tan sólo algunas manchas de sangre que la lluvia se apresura a borrar.

El niño busca refugio en una pizzería, desde cuyo interior lo atraen olores incitantes. Saca otra vez a relucir sus billetes.

—¡A uno veintiséis! ¡Mañana juega!

Tampoco allí encuentra compradores. Pero se deja estar sin embargo, aspirando con avidez las emanaciones de aquella masa humeante, que el cortador va dividiendo en porciones triangulares y distribuyendo luego entre los escasos clientes que marginan el mostrador estafado.

Aunque a él no le gusta pedir nada, pues tiene su poquitín de orgullo, arde en deseos de hacerlo. Sus ojos parecen imantados por la tentadora masa. Y hasta en el de la nube —con el que nada ve, y al cual debe el apodo—, se diría que ha puesto luz el hambre.

Se muerde la lengua para no pedir. Y sigue inmóvil allí, como si esperara la ayuda de la casualidad.

Y esa ayuda llega. Una de las porciones cae de entre las manos torpes de su comprador y se achata contra el piso lleno de puchos, de aserrín y de gargajos.

Entonces el hombre se pone magnánimo. Mira al chico, y señalándole aquel desperdicio le dice:

—Ché, pibe: si la querés te la regalo. Total...

El "Ojo Blanco" aprieta los puñitos y abre la boca para decirle cuatro frescas al sujeto aquél. Pero su hambre es tan grande!... Y aquella masa caliente huele tan bien!...

Manotea el desperdicio con rabia y sale corriendo, sin mirar a nadie. Ya en la calle, se pone a masticar. Y mientras mastica, llora. Llora de vergüenza por su claudicación.

Ahora le parece que la lluvia, al desgranar en los charcos la música de su goterío, se está riendo de él.

CIUDADELA ARRIBA

CIUDADELA ARRIBA...

Los dedos corren mecánicamente sobre el teclado de la máquina de escribir. El pensamiento va y viene en tanto a lo largo de aquella noche única, distinta a todas, a la vez la más dulce y la más amarga de las noches de su vida.

“En nuestro poder su estimada...” “grato acusar recibo de su muy atenta...”

Por Ciudadela, hacia el puerto, caminaban despacio. La mano de él entrelazada con la suya, por detrás del talle. La cinta de la gorra marinera ondulando, movida por el aire tibio del anochecer. Y los dos acercados, más que por el roce de los cuerpos, por aquel silencio lleno de emociones idénticas, habitado por iguales imágenes.

Personas salidas del mismo cine barato —con muchas pulgas y mucho tufo a humedad— pasaban junto a ellos, comentando la película. A ellos, en cambio, sobraban las palabras. El drama del celuloide era el propio. Y lo iban viviendo minuto a minuto, sensación a sensación, con una intensidad potente y avasalladora.

La húngara patizamba de siempre, con su enrevesada vocecilla de siempre, ofreciendo los caramelos también de siempre. Y los “canillitas” descolgándose del

ómnibus o del tranvía con el consabido pregón: "¡Estrato de hoy!" "¡Fobal y carrera de hoy!" Y aquel perro vagabundo, oteando quien sabe qué congénere esquivo bajo el acicate de la primavera. Y las risas vinosas de los boliches en sábado, más barullentas pero menos alegres cuanto más cercano el puerto.

A la mañana siguiente, muy temprano, partiría el "Colonia". Es decir, partiría Pablo. Todo lo demás, la guerra, el barco, el incierto destino de los otros hombres que lo tripulaban, dolía de un modo distinto en su corazón. Y era como si doliese por Pablo y sobre Pablo, que lo llenaba.

Ciudadela abajo, hacia el puerto. El viento primaveral jugando con la cinta de la gorra marinera. Y el año de noviazgo pasando y repasando veloz por la memoria de ella. El encuentro en el Prado, aquella tarde de sol. El infantil paseo en la lancha colectiva, con el desprejuicio en el alma y en las manos, sucias de "garrapiñadas". "¡Ridículo! ¡Una mujer treintona!" — se diría la gente. ¡Bah! Todo aquel mundo convencional que la inhibiera hasta entonces acababa de hundirse bajo la risa de Pablo, sobreviviente del "Montevideo", y a la sazón en pleno minuto de popularidad.

Después, los largos meses de ausencia que espaciaron los tres encuentros posteriores. Oscuro tripulante del "Colonia", Pablo seguía siendo para ella algo más que un héroe circunstancial. Seguía siendo un hombre. El único hombre para la madura integridad de su cuerpo, para la antigua soledad de su alma. Porque en él habíanse encendido sus treinta y un años de mujer irrealizada, áridos como la sucesión de cartas comerciales que los resumía.

"Con fecha 14 de octubre tuvimos el placer de remitirle...".

Fué precisamente la del 14 de octubre aquella noche. Ciudadela abajo, hacia el puerto, caminaban los dos. Las gentes comentaban con displicencia: "Una película vulgar, un mamarracho". Y ellos callaban, vivo en lo hondo de sus propias vidas el drama que historiaría el film. Sólo una diferencia: que el héroe y la heroína, antes de la partida de aquél hacia lejanos mares...

Y hasta esa única diferencia desapareció. Fué al alcanzar la esquina de Piedras que él le oprimió con más fuerza la mano y le dijo sencillamente: "¿Vamos?". Y ella fué. En las cantinas portuarias empezaban a resonar canciones broncas. Y el tibio viento primaveral seguía jugando, como un niño, con la cinta de la gorra marinera.

"Por F. A. T. U., S. A.,..."

La madrugada apretaba su neblina gris en torno a las bombillas eléctricas. Su madre se había dormido sin apagar la luz, con las agujas de tejer en las manos, cruzadas sobre el pecho. La madeja de lana ordinaria había rodado hasta el suelo. En la frente rugosa, ahitábase de sangre un mosquito que no se atrevió a ahuyentar.

Tenía treinta y un años. Desde hacía más de quince ganaba el pan de la casa. Y había procedido con entera conciencia de sus actos. ¿Por qué, entonces, aquel ridículo llanto de colegiala salándole las mejillas, empáñándole la almohada?

El domingo entraba por el tragaluz de la pieza, lento y pálido. A las seis en punto quejóse la sirena. Y el "Colonia" partió.

"...la factura corresp..."

Deja la palabra trunca y se levanta, restregándose los dedos de uñas rentes y esmalte descascarado. El

pensamiento sigue andando y desandando aquella noche única. Desde atrás del severo escritorio llega la voz enérgica del gerente:

—Señorita: no olvide que el lunes hay que venir más temprano.

Sobre el hormigón de las calles, ahumadas de gases, arde diciembre. Como todos los sábados, los pizarrones de quinielas inician el primer movimiento de su sinfonía en blanco y negro.

•
• •

En la vida normal de una dactilógrafa, dos meses sólo son sesenta días de máquina de escribir, paliados por ocho o nueve tardes de cine. En la suya, significaban mucho más que eso. Significaban la certidumbre de lo que podía ser una prolongación de Pablo, más allá de los submarinos y de los torpedos, y que sin embargo no sería.

“F. A. T. U., Sociedad Anónima, era una firma bien organizada. Casilleros y fechas fijas para todo. ¿El gerente? Un hombre, sí. Acaso con el corazón en su sitio, como cualquier otro. Pero un hombre al servicio de un ente abstracto, al que por tal no alcanzaban los problemas humanos.

La licencia de la dactilógrafa Luisa Durán correspondía a setiembre. Del uno al quince. Ni un día más, ni un día menos. Y si aquéllo había de ocurrir en julio... Pues bueno: que se las arreglara, entonces. Cuarenta pesos son cuarenta pesos. Y no en vano se diplomaban centenares de muchachas en las academias...

Aquéllo no podía ocurrir, no. Ni en julio ni nunca. Mejor pensar en otra cosa.

Se retira del ventanuco donde está acodada y vuelve a ojear el diario, Marítimas... Sección Cablegráfica... Nada. Ni una palabra del “Colonia”, es decir, de Pablo. Y otra vez le queda hincado aquel título: “Merodean submarinos nazis en el Caribe”.

El niño sería muy feo al principio, con su carita violácea y sus ojos nebulosos, inciertos. Después, poco a poco, iríanse acentuando los rasgos, se afirmaría el color de las pupilas, los cabellos definirían su tonalidad. Acaso tuviera la boca de Pablo, grande y fácil a la risa, con el labio inferior un poco caído...

—Mamá: no me sirvas el café. No tengo apetito esta tarde.

—¿Siempre piensas salir?

—Sí: a las cuatro. Voy a visitar a Laura, la cajera, que está enferma hace días.

Su madre la mira de un modo extraño desde aquella noche. Pero nada pregunta ni hace ninguna alusión. De no saberla cardíaca, propensa a un colapso fatal, tal vez ella se lo hubiera dicho ya. Hay secretos difíciles de sobrellevar y que, compartidos, siempre duelen menos. Pero una mujer de treinta y un años no es una niña. Y si esa mujer ha estado en una academia donde se citaba con frecuencia a Smiles, debe saber valerse por sí misma.

En fin... Si pasara el vendedor le compraría un ramo de claveles blancos. Siempre conforta la vista de las flores...

•
• •

Ya con los guantes puestos, busca el espejito de mano en la cartera. Y en su lugar —¡vaya unos nervios!— saca la credencial cívica. Luisa Durán Martí-

nez. Serie A. A. B. N.° 6489. Después de todo es una ciudadana. Puede votar en noviembre, si lo desea.

Sonríe melancólicamente mientras se observa las manchas de las mejillas y la red de pequeños surcos que le contornea el párpado inferior. Por ahí comienza siempre la vejez. ¡Ah, una caries nueva! Deberá apresurar su arreglo para que la obturación no resulte muy cara.

—Hasta luego, mamá. No te preocupes si tardo un poco en volver.

•
• •

Ciudadela arriba, sola, va caminando ahora. "Cuarto piso. La chapa a la izquierda. El ascensor a la derecha". ¿Por qué le temblarán tanto las piernas? Al fin y al cabo, no es nada del otro mundo. Sin embargo... Hay muchos casos fatales, sí. Debió abrazar a su madre antes de salir.

¡Qué calor insoportable en la calle! Y ese repecho de Ciudadela es largo. En los escritorios de la compañía hay buenos ventiladores, siquiera, lo que no deja de ser una compensación.

Pablo puede volver a pesar de los submarinos. Y, bien pensado, treinta y un años no es tanta edad. Aún queda tiempo para que F. A. T. U., S. A., le aumente el sueldo, y vuelva a ondular a su lado la cinta de la gorra marinera, y sean posibles el hogar y los hijos.

No es un crimen, no. Es la única solución razonable. Pero se le hace duro ir sola, Ciudadela arriba, como desandando los pasos que la condujeran, dos meses antes, hacia su única noche de amor.

INDICE

	Pág.
Retardo	7
Un sueño	15
"Bichicomos"	23
A media noche	31
Mendigos	37
Mutilación	45
Fin de semana	53
El voluntario	63
Evasión	83
El muñequito amarillo	99
Un desocupado	109
El prestamista	119
Bajo la lluvia	129
Ciudadela arriba	137